

DE MEMORIAS Y MANUSCRITOS: CÉSAR
ANDREU IGLESIAS Y BERNARDO VEGA

Malena Rodríguez Castro

Resumen

La adquisición de los papeles de César Andreu Iglesias por el Centro de Investigaciones Históricas ha permitido la lectura crítica de lo que creemos es el manuscrito original de Bernardo Vega. Este ensayo es un primer acercamiento comparatista de ambos textos –el original y el publicado como *Memorias de Bernardo Vega* (1977)– enfatizando los tópicos del viaje, el tabaco y la memoria. Busca establecer si hay un estilo particular de escritura de una comunidad igualmente particular: el proletario migrante de los inicios del siglo XX.

Palabras clave: César Andreu Iglesias, Bernardo Vega, memorias, migration, diáspora puertorriqueña

Abstract

The acquisition of César Andreu Iglesias's archive by the Centro de Investigaciones Históricas made possible critical reading of what is believed to be the original manuscript by Bernardo Vega. This essay is a first comparative approach of both texts –the original manuscript and the publish of *Memorias de Bernardo Vega* (1977)– emphasizing the topics of voyage, tobacco and memory. It aims to establish if there is a particular style of writing that we can attribute to an equally particular community: the migrant working class at the beginning of the Twentieth Century.

Keywords: César Andreu Iglesias, Bernardo Vega, memories, migration, Puerto Rican diaspora

DE MEMORIAS Y MANUSCRITOS: CÉSAR ANDREU IGLESIAS Y BERNARDO VEGA

Malena Rodríguez Castro

*Para Luis Agrait y María Dolores
Luque, cómplices del rescate*

El 15 de junio de 1965, César Andreu Iglesias publicó su columna habitual en el periódico *El Imparcial*. Había muerto Bernardo Vega. Sobre él escribe:

Y ese hombre seguirá sirviendo a Puerto Rico después de muerto... El manuscrito de esa obra descansaba cerca de su mesa de tabaquero, la misma en que rendía su trabajo manual y realizaba su labor intelectual... Descanse en paz Bernardo Vega, el último de los tabaqueros de una rica tradición revolucionaria.¹

En 1974, en carta dirigida a Frank Bonilla, director del Centro de Estudios Puertorriqueños, Andreu Iglesias revelaba la existencia del *Manuscrito* de Vega y su interés en editarlo:

¹ Me endeudo con Diana Bauzá por esta referencia, al Centro de Investigaciones Históricas (CIH) por el acceso al *Manuscrito* y al Archivo del Centro de Estudios Puertorriqueños (Hunter College, CUNY) por la consulta de documentos bibliográficos. Este ensayo no hubiera sido posible sin el entusiasmo y diligente trabajo de archivo del Prof. Josué Caamaño, la archivera Yadira Tirado, Elisa Borrero (estudiante del Programa Graduado de Historia) y la Dra. Miriam Lugo del CIH.

Hace ya años –desde que murió– tengo en mi poder un manuscrito de Bernardo Vega. No se [*sic.*] si lo conociste. Murió en San Juan a los 82 años o cosa así, después de una fructífera e interesante vida... Tabaquero –lo fue durante toda su vida, tanto así que murió, puede decirse, sentado ante su mesa de trabajo. Al cabo de muchos años regresó a Puerto Rico. Fue Sec. de Org. del MPI. En fin, murió, como quien dice, en la brecha.

Yo me siento –lo estoy– en deuda con su recuerdo. Tengo el compromiso de “editar” su manuscrito, sobre el cual discutimos muchas veces. Creo que tiene valor histórico y también literario... A mi juicio el manuscrito debe rescribirse. Se trata de cinco volúmenes, unas ochocientas páginas. Hay que hacer una labor de selección. Comencé hace tiempo, pero interrumpí el trabajo por cuestiones más apremiantes –y también, por necesidades del pan nuestro de cada día. Mi idea es darle una forma de “Memorias”, redactadas en primera persona– él escribió en tercera persona. Serían unas cuatro o cinco partes, según temas y el transcurso del tiempo, más o menos, así.²

En 1976, muere Andreu Iglesias. Al año siguiente, se publica *Memorias de Bernardo Vega: contribución a la historia de la comunidad puertorriqueña en Nueva York*, versión editada e “Introducción” de César Andreu Iglesias y con un “Comentario inicial” de José Luis González.³ En 1984, Juan Flores lo traduce al inglés ampliando el repertorio de sus interpretaciones. En ese tránsito, entre la mesa del “tabaquero,

² Centro de Investigaciones Históricas, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, Colección César Andreu Iglesias, Serie: Bernardo Vega, caja 5, “Carta de César Andreu Iglesias a Frank Bonilla”, 14 de octubre de 1974 (en adelante, Col. CAI). Esta colección se encuentra en proceso de catalogación por lo que la numeración es preliminar. El 28 de octubre, por encomienda de Bonilla, esta carta recibe pronta y entusiasta respuesta afirmativa de Ricardo Campos. Véase Col. CAI, Serie: Bernardo Vega, caja 5, “Carta de Ricardo Campos a César Andreu Iglesias”, 28 de octubre de 1974.

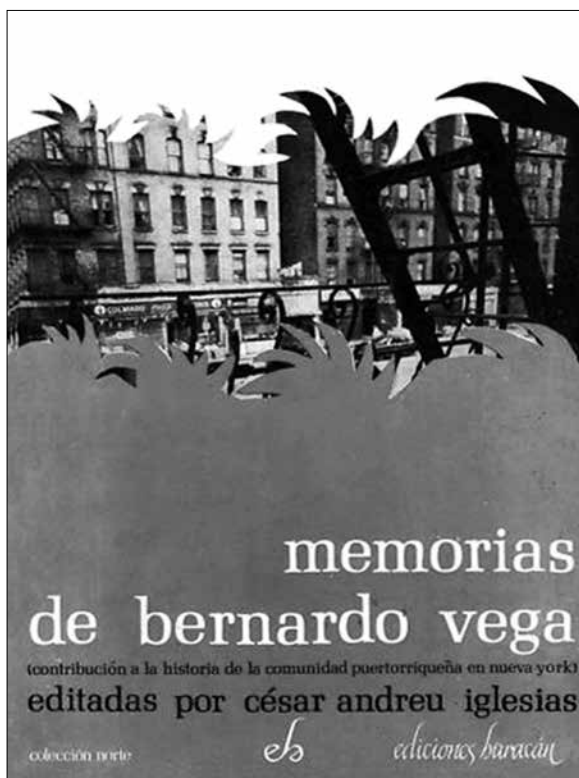
³ La recomendación es de Andreu Iglesias y acompaña el plan de redacción: “... González, quien tuvo estrecha relación con Bernardo en N.Y. –participaron juntos en la campaña de Wallace– pienso que debería escribir un prólogo e introducción a la misma”, Col. CAI, Serie: Bernardo Vega, caja 5, “Carta de César Andreu Iglesias a Frank Bonilla”, 14 de octubre de 1974, p. 3. Este “Comentario” se elimina a partir de la tercera edición.

la misma en que rendía su trabajo manual y realizaba su labor intelectual” y el presente en un nuevo milenio, el *Manuscrito* esperó por sus lectores sin sospechar que ya había transformado la historia de la primera inmigración importante a Nueva York convirtiéndose en el texto de sus comienzos.⁴ Adelanto varias razones para ello: desacuerdos iniciales entre el editor y el cronista, asuntos que demandaron atención inmediata, el prestigio que suscitó la edición de Andreu Iglesias, la dificultad de acceder al original y su relego en los nuevos escenarios y debates que añadían otras nomenclaturas: exilio, migración, diáspora, transnacionalismo.⁵ En diciembre de 2011, el Centro de Investigaciones Históricas de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico adquirió la Colección César Andreu Iglesias, y con ella, sus archivos documentales. De su persistencia de vencer el olvido, y de ser testigo elocuente de la primera emigración importante de puertorriqueños en Estados Unidos hasta 1947, fecha en que cierra su recuento, dan cuenta sus 784 hojas de papel amarillento con borrones, tachones y comentarios en varios trazos y tintas cuya autoría desconocemos aún si provienen del propio Vega en varios tiempos de escritura o de su editor. Proponía Mihail Bahktin, a propósito de la heteroglosia textual, que siempre hablamos en la lengua de y con otro. El junte de *Memorias* y *Manuscrito* testimonia lo anterior, sumándose a la pluralidad de voces que habitaban ambos textos. Este ensayo persigue esa pista en el aparecer del *Manuscrito* como acontecimiento singular, en su convocatoria de una modalidad de escritura alternativa y

⁴ Comienzos en el sentido que le otorga Arcadio Díaz Quiñones en *Sobre los principios: los intelectuales caribeños y la tradición*. Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 2006. En su lectura de *La condición humana* de Hannah Arendt el comienzo es la posibilidad de nacer de nuevo en un proceso donde la continuidad importa tanto como la posibilidad de su interrupción. Ligada a deliberar, a tomar la palabra en el espacio público, comenzar es una iniciativa que da vida a lo nuevo.

⁵ “Comencé hace tiempo, pero interrumpí el trabajo por cuestiones más apremiantes –y también, por necesidades del pan nuestro de cada día.” Col. CAI, Serie: Bernardo Vega, caja 5, “Carta de César Andreu Iglesias a Frank Bonilla”, 14 de octubre de 1974, pp. 1-2. Sobre transnacionalismo véase de Jorge Duany, *Blurred Borders: Transnational Migration between the Hispanic Caribbean and the United States*. Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2011.

sobre su lugar en el siglo XXI en las agendas de los diversos movimientos que siguen trasladando culturas y poblaciones en el mapa continental y en los pueblos del mar, como llamara Edouard Glissant al archipiélago antillano. Las secciones siguientes atienden tres aspectos –oir, leer y escribir– a partir de los tópicos del viaje, el tabaco y la memoria como primer acercamiento al potencial analítico de ambos textos considerados en su respectiva autonomía textual y contextual.



Portada de la primera edición de las *Memorias de Bernardo Vega* en español.

OIR

Pero siempre es posible entrar en la biblioteca. Tomar un libro de un estante y abrirlo. Se percibe un leve olor a cueva y comienza una extraña operación que el crítico ha decidido llamar la lectura. Por cierto lado, es una posesión, se presta el propio cuerpo a los muertos para que puedan vivir de nuevo.

Jean Paul Sartre, *¿Qué es la literatura?*

Leer ambos textos, el presente (el conocido) y el ausente (el aludido), remite al reto que lanza Sartre: ¿cómo prestar mi cuerpo en cuanto sujeto crítico a unas memorias intervenidas e interventoras por y en tantas voces? ¿Cómo interpelarlos “para que puedan vivir de nuevo” en una nueva cartografía en la cual las fronteras culturales y geopolíticas se han reconceptuado como zonas de contactos e intercambios en las cuales se negocian particularidades y diferencias con prácticas y agendas comunes de lo multicultural y global? En *Memorias*, el periplo de viaje entre los mínimos recuerdos personales de la Isla natal y la memoria de la metrópoli, entre el taller artesanal de hilado del tabaco y la red de instituciones culturales y políticas del inmigrante, incentivó una escritura híbrida al integrar idearios y retóricas del internacionalismo de izquierdas con el criollismo de la cultura alta problematizando categorías caras a la postulación identitaria de ambos. El rescate del *Manuscrito* altera este tablero, pero no lo cancela. Sus tramas y operativos narrativos, los contextos que atraviesan sus redes de escritura y lectura estipulan que estamos frente a un evento desdoblado en dos firmas, y por ende, en dos textos.

Michel Foucault ha diferenciado el relato de origen del genealógico. El primero se autoriza en una teología fundacional secular o sagrada; el segundo, opera como una escritura gris, un sendero de “sendas embrolladas, garabateadas, muchas veces reescritas”, posibilitando otras ficciones de identidad personal y colectiva al inscribir sus referencias y ecos discursivos en redes porosas de eventos, sujetos, contextos y posicionamientos y al desafiar y relativizar la voluntad de verdad que habita en todo

reclamo hegemónico.⁶ En la cultura puertorriqueña tal distinción entre orígenes y comienzos se particulariza por la migración y coloniaje y el modo en que inciden en el canon histórico y literario en tanto archivos y guardianes de las palabras y sus resonancias. José Luis González lo condensó en la imagen de un país de cuatro pisos. Juan Flores añadió a las estratas indígenas, españolas, negras y norteamericanas un quinto piso: la diáspora. En las últimas décadas el asentamiento de cubanos y dominicanos, y en menor grado de otros caribeños, enrarece la estampa patriarcal de la casona familiar blanca, hispánica y católica cuya expresión más articulada fue el ensayismo de la década del treinta y su impacto en las políticas culturales del Estado a partir de los cuarenta. A finales del siglo XX una revisión crítica socavó la versión criolla de la identidad y propuso otras desde el campo intelectual en la Isla y desde la migración. El siglo XXI emerge en la desconfianza misma de las categorías modernas de identidad, nación, progreso y en las patrias virtuales que brinda la era hipertecnológica. El encuentro de *Memorias* con el *Manuscrito* invita a una reflexión que nos regrese a un momento donde el Caribe fue más que fronteras nacionales y culturales entre las islas y el continente y la migración fue espacio vivido, presto para ser contado.⁷ También para una reflexión sobre las pasiones e intereses que guiaron a sus primeros testigos y lectores.

Advierto que este ensayo es la incursión de mi memoria en la de otros, en un palimpsesto de letras sobre letras que remiten a otros comienzos: de un siglo XIX de conspiradores, contrabandistas y tabaqueros; de las comunidades de inmigrantes en Nueva York entre la I y la II Guerra Mundial; de los efectos de las fuertes corrientes migratorias en la Isla y el

⁶ “Nietzsche, la genealogía y la historia”. En Michel Foucault, *Microfísica del poder*. Madrid, Ediciones La Piqueta, 1978, p. 7. La genealogía indaga sobre la voluntad de saber en un espacio y en un tiempo determinados a partir de diversos campos de constitución y validez y en acontecimientos menores y fortuitos, no causales ni progresivos.

⁷ Es escasa la bibliografía que enlaza los procesos históricos y culturales de la Isla y la diáspora. Destaca de César Ayala y Rafael Bernabe, *Puerto Rico in the American Century: A History since 1898*. North Carolina, North Carolina Press, 2007; Yolanda Martínez San Miguel, *Caribe Two Ways: Cultura de la migración en el Caribe insular hispánico*. San Juan, Ediciones Callejón, 2003; Duany, *op. cit.*

continente entre el '50 y el '70, tanto de ida como de regreso, y de los primeros estudios analíticos y propuestas creativas para los cuales fue prioridad. Es también una memoria hipotecada a la mía, hija de inmigrantes que subieron al avión de la aerolínea Pan Am sin más equipaje que la esperanza de dejar atrás la miseria y regresar como ciudadanos de una incipiente clase media y cuyo presente es la de una nueva migración que sobrepasa a los habitantes de la Isla cruzando clases sociales y asentándose en varias ciudades del continente donde el ir y venir es asunto de abordar la guagua aérea o activar el ordenador electrónico y/o el celular.⁸ En ellos la nostalgia se diluye en un intercambio constante de capital simbólico y material en el cual lo nacional y lo transnacional se traba en saberes y prácticas que problematizan las crisis y utopías del siglo XX.⁹ Por ejemplo, la desaparición de la palabra dicha y escrita en la inscripción digital y en la sociedad del espectáculo que configuran una nueva sensibilidad de época cuya temporalidad opera en lo simultáneo y no en lo contemporáneo.¹⁰

⁸ Para esas imágenes véase las colecciones Pedro Juan Hernández y Félix Matos-Rodríguez (eds.), *Pioneros: Puerto Ricans in New York City 1896-1948*. Charleston S.C., Arcadia Publishing, 2001 y Pedro Juan Hernández y Virginia Sánchez-Korrol (eds.), *Pioneros II: Puerto Ricans in New York City 1948-1998*. Charleston S.C., Arcadia Publishing, 2010.

⁹ Véase Juan Flores, *The Diaspora Strikes Back. Caribeño Tales of Learning and Turning*. New York, Routledge, 2009. A diferencia del tránsito de un lugar a otro o el regreso al país natal y, en lo que es ya una demografía multicultural y transnacional, Flores propone el concepto de remesa cultural, un intercambio incesante de ideas, valores y capital cultural potenciado por las nuevas tecnologías de las comunicaciones y el cambiante perfil de los migrantes. A diferencia de la que emigró a principios de siglo y la entre el '40 y el '60, la más reciente de acuerdo al Censo del 2010 reveló que: (1) más puertorriqueños viven en Estados Unidos (4,623,716) que en la Isla (3,725,789) (2) dominan los sectores medios y profesionales y (3) el área de mayor crecimiento es la Florida Central. Sobre este tema véase *Op. Cit. Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, núm. 20, 2011-12, especialmente el artículo de Patricia Silver "Construir la raza y encontrar un lugar en el Orlando puertorriqueño", pp. 33-89 y el artículo de Luis Sánchez Ayala "Espacios de identidad(es): construyendo puertorriqueñidad en Orlando, Florida, EUA", pp. 69-103.

¹⁰ La distinción es de Jean-Louis Deótte. *Catástrofe y olvido: las ruinas, Europa, el museo*. Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 1998. De acuerdo a Deótte para que ocurra un acontecimiento es necesario la mediación de un aparato (no vinculado a una ideología en particular) que potencie una

Me interesa, además, restituir su diferencia ante otras memorias letradas. El *Manuscrito* obliga a una lectura morosa, consciente de la dificultad de discernir entre el hecho cierto o conjeturado, lo privado y lo público, la referencia perdida o manipulada, el gesto grandilocuente o la modestia impostada. Demanda oír/leer el timbre particular de la voz y de la escritura obrera y migrante en la imantación de modelos y aspiraciones de la cultura alta y de intervenciones de una oralidad asociada a los sectores populares y de elipsis e interrupciones, digresiones y ampliaciones impuestas por el ritmo de escritura de aquellos para quien el tiempo pausado de la reflexión y su inscripción en la letra fue tiempo robado a las faenas de la sobrevivencia o el activismo social y político. En fin, de escuchar el tanteo entre el deseo por la expresividad de la literatura y el deseo por inscribir una comunidad en el registro de la historia en tanto conjunto de hechos verídicos y verificables.

Entre el olvido necesario para autorizar otros comienzos, el recuerdo que fija y la memoria que asocia, la escritura del yo (biografía, autobiografías, memorias, testimonios) ha recorrido la literatura occidental desde las *Confesiones* de San Agustín, los *Ensayos* de Michel de Montaigne a las *Confesiones de un paseador solitario* de Jean Jacques Rousseau. Reconocemos que su sujeto es efecto de la ficcionalización de un yo impostado en el lenguaje y de una tentativa correspondencia entre lo vivido y lo relatado, como evidencia el cambio de nombre propio: de Bernardo Farallón (nombre de su barrio natal en Cayey) en el *Manuscrito* al Bernardo Vega de *Memorias*. La posmodernidad ha retado aún más el género al añadir, a la desconfianza en la palabra, el quiebre de las tramas, del tiempo y del espacio. Sospecho que a Vega y a Andreu Iglesias, como

sensibilidad de época. En la cultura moderna la perspectiva, el museo, la fotografía, el cine y la cura sicoanalítica cumplieron dicha función proyectiva. Añadiría como antecedente la cultura impresa. En tanto impacto político y estético su desaparición en la era digital y de los medios de comunicación de masas proponen otra temporalidad, no contemporánea o partícipe de un ser común y de una diacronía histórica, sino simultánea, una co-pertenencia en el tiempo sin zonas de contacto, una sincronía vuelta sobre los propios aparatos. Véase la reseña crítica que hace Álvaro García al libro de Jean-Louis Déotte, *¿Qué es un aparato estético? Benjamin, Lyotard, Rancière*, en el portal La Fuga, <http://www.la.fuga.cl> (Consultado: 17 de febrero de 2013).

para otros practicantes de literaturas consideradas menores al interior de una misma lengua y/o territorio, ese debate le resultaría impensable (pensemos en Alfonso Schomburg y Jesús Colón, inmigrantes puertorriqueños negros). Al contrario, se trataba de un sujeto (en singular o plural, en primera o tercera persona) y de una palabra fundadora que afectara el futuro en la búsqueda de sus tiempos perdidos y recobrados y en la cual lo político y la política eran materia indiscernible de la agencia y el compromiso con el presente. Esa creencia imanta los modelos narrativos apropiados en una lectura autodidacta sin el orden usual del catálogo y los anaqueles de la biblioteca. Conjeturo que en la mesa del tabaquero coexistían ejemplares de escritura expositiva de sesgo breve e inmediato (como el artículo de revista o periodístico, el manifiesto programático, el acta y la minuta, el listado y la entrevista). También, la presencia de otros géneros literarios que el siglo relegaba a favor de la experimentación formal y temática.¹¹ En *Memorias* y el *Manuscrito* se cruzan la captación de cosas nunca vistas y oídas de la crónica en secuencias que familiarizan la incursión a la tierra ignota de la metrópoli; el guiño cómplice y las artimañas de la picaresca para enfrentar los rigores de la cotidianidad; el efecto de simulación y confiabilidad narrativa y descriptiva del realismo y el naturalismo; la ejemplaridad del testimonio del sobreviviente. También incide el aliento épico de un relato de heroísmo y vicisitudes en el cual el destino de sus personajes se anuda al de su pueblo elegido: los tabaqueros y su vinculación a las hazañas de la emigración antillana a Estados Unidos en los siglos XIX y XX. Sin embargo, esa elección está mediada por la formación, experiencia e intereses de ambos autores como se deduce de una de las condiciones para la publicación de *Memorias* propuesta por Andreu Iglesias a Ricardo Campos:

Para hacer efectiva la publicación de ese manuscrito se necesita reescribir el mismo. Es preciso hacer una labor de selección y corrección de estilo conservando, natural-

¹¹ Al respecto escribe Andreu Iglesias en la carta citada de 1974: "(Trato de seguir el modelo 'clásico' de los relatos -un tanto de la picaresca española.)". Véase Col. CAI, Serie: Bernardo Vega, caja 5, "Carta de César Andreu Iglesias a Frank Bonilla", 14 de octubre de 1974, p. 2.

mente, el aire personal y la sincera expresión que permea todo el manuscrito.¹²

Conservar la “sincera expresión” en una reescritura más “efectiva” implicó juicios y decisiones literarias que exceden el trabajo que asociamos a la edición –recorte y corrección– alterando la voz narrativa (de tercera a primera) y nombres propios como, también, el orden de las secuencias conservadas. En efecto, Andreu Iglesias somete otro índice temático distinto al del *Manuscrito*: primero, vida de emigrante; segundo, antecedentes históricos; tercero, Bernardo recoge el hilo en 1920; cuarto, los años de crisis; quinto, la Segunda Guerra Mundial.¹³

Lo que ambos textos eclipsan son las referencias a la otra cultura que acompaña a la era tecnológica y a la industria cultural de masas posibilitada por la reproducción mecánica. No de la novela, la revista y el periódico; ni del radio, el cine y el teatro en tanto dispositivos educativos, sino de espectáculos y literaturas populares como el cabaret, el salón de baile y las grandes orquestas (*dance ball* y *big bands*); el *jazz*, las ferias y

¹² Col. CAI, Serie: Bernardo Vega, caja 5, “Propuesta de trabajo sometida por Andreu Iglesias al Centro de Estudios Puertorriqueños”, 18 de noviembre de 1974, p. 2, punto 3.

¹³ Véase Col. CAI, Serie: Bernardo Vega, caja 5, “Carta de César Andreu Iglesias a Frank Bonilla”, 14 de octubre de 1974, p. 2. El *Manuscrito* se divide en las siguientes secciones: (1) “Advertencia a los lectores”, (2) “Para qué se escribe esta obra”, (3) cuatro partes subtituladas todas ellas “La familia Farallón”, (5) Notas y Apéndices que comprenden: 1. Manifiesto del Club Borinquen afiliado al Partido Revolucionario Cubano. Publicado en *Patria*, Nueva York, 11 de marzo de 1892; 2. Fragmento del Informe de los Hermanos Méndez Serrano sobre el resultado de su Comisión en Puerto Rico; 3. Lista de patriotas a quienes se envió el documento del General Juan Rius Rivera; 4. Algunas de las sociedades hispanas existentes en Nueva York en 1932; 5. Fragmentos del Informe preparado por M. De J. Parrilla sobre un proyecto de emigración puertorriqueña a Florida, auspiciado por el gobernador Gore en 1934; 6. Lista parcial de fiestas/bailables que tuvieron lugar en Nueva York los días 5 y 6 de mayo de 1934; 7. Texto original del manifiesto preparado por el comité nombrado por la Asamblea Constituyente de la Convención Pro Puerto Rico, presidido por el educacionista [sic.] Leonardo Covello; 8. Agrupaciones representadas en la reunión que acordó el piquete al *New York Telegram*; 9. Comité Conjunto nombrado en la asamblea del 27 de octubre de 1947 para organizar el piquete al *New York Telegram*; 10. Declaración de Principios: Congreso de Unidad Puertorriqueña.

parques de diversiones, las historietas gráficas y la novela policial; la novela rosa y el *pulp fiction*.¹⁴ Tampoco se hace referencia a la cultura modernista y vanguardista de esas décadas de la cual Nueva York era uno de sus centros cosmopolita.¹⁵ Es decir aquello no abonable al armazón ejemplar e instructivo de la memoria “honrada” propuesta y sus códigos de conducta privada y pública. Adelanto un ejemplo. De acuerdo a Vega, para 1917, los tabaqueros acostumbraban ir al Teatro Orpheum en la calle 86 donde se exhibían películas de ambiente tropical las cuales, cuando:

... se referían a España versaban sobre bailarinas, toros y andaluces haraganes. Las que trataban sobre cosas de Hispano-América, siempre eran historias de villanos, de gente semisalvaje y de bandidos [...] El argumento de la cinta de aquella noche... se desarrollaba en Puerto Rico. Se presentaba en la pantalla una partida de negritos subiéndolo a las palmas de coco con agilidad de monos. Luego aparecía una laguna llena de caimanes y una legión de culebras que se calentaban al sol. Por los caminos, veredas y sembrados mujeres descalzas y casi en cueros iban cargando frutos tropicales en enormes canastos,

¹⁴ Sería interesante ver otras memorias de la inmigración y su relación con esas formas culturales. Véase al respecto, la lectura que hace Julio Ramos de la crónica de José Martí sobre Coney Island en *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989. Este libro atiende, también, las relaciones de Martí con el mundo de los tabaqueros. Ver, también los trabajos de Arnaldo Cruz Malavé y Julio Ramos sobre José Rodríguez Soltero, un actor que emigra a Nueva York en los años sesenta y se relaciona con el posvanguardismo de Andy Warhol y el cine experimental *queer*.

¹⁵ Un caso excepcional es Jesús Felipe Consalvos (1891-1920), un tabaquero que emigra de La Habana a Miami a la Ciudad de Panamá y a Brooklyn. Consalvos creará objetos artesanales (cajas de tabaqueros trabajadas con formas y materiales comparables a los *object trouvés* vanguardistas) que incorporaron tanto la modernidad industrial y su impacto estético así como su formación en el catolicismo, espiritismo, santería y herbolaria y en debates políticos, sobre todo el periodismo. Véase Brendan Greaves, “‘Dream the Rest’: On the Mystery and Vernacular Modernism of Felipe Jesús Consalvos, ‘Cubamerican Cigarmaker, Creator, Healer, & Man’”. Tesis de maestría, Universidad de North Carolina, 2008, <http://deathrayboogie.files.wordpress.com/2008/05/dream-the-rest-greaves-thesis-formatted.pdf> (Consultado: 10 de noviembre de 2012).

mientras los hombres dormían a pata suelta a la sombra de los árboles...¹⁶

Cabe añadir que la escena se completa con la indignación expresada por los tabaqueros, su corrección ante el público asistente y la advertencia sobre las “películas de pacotilla contribuían a crear odios y prejuicios.”¹⁷ Esas otras ciudades no lo formaron en el taller artesanal y en las asociaciones políticas en Cayey, no cruzaron el mar en la valija de un intelectual adulto ni se sumaron a las múltiples mudanzas de Brooklyn al Barrio Latino de Manhattan, de la finca en Long Island al bullicio de la ciudad de los inmigrantes obreros y de regreso a la Isla. Si acaso, fueron el trasfondo ajeno, lejano, y amenazante en ocasiones, de otros que ocupaban la urbe y que incluían a estadounidenses como a otros emigrantes y sus descendientes desde el siglo XIX, entre ellos puertorriqueños profesionales o de sectores acomodados. *Memorias*, y menos aún el *Manuscrito*, anulan las tensiones y contradicciones al interior de su comunidad imaginada y entre los valores de una masculinidad tradicional y el ámbito de libertad e improvisación que el anonimato de la metrópoli y el contacto con la cultura cosmopolita de otros migrantes auspiciaba.¹⁸ Hacerlo sería reducirlo a la univocidad

¹⁶ Col. CAI, Serie: Bernardo Vega, caja 5, cart. 6, doc. 3, [P. I, p. 42]. Esta colección conserva el orden que se encontró en los archivos de Andreu Iglesias. Por ejemplo, *Memorias* inicia la narración con lo que corresponde a la parte IV (caps. 25-26) del *Manuscrito*. Debo esta observación al Prof. Josué Camacho del CIH. El manuscrito de Bernardo Vega se encuentra en la caja 5 de esta colección, en adelante se referirá al mismo como *Manuscrito* seguido del número del cartapacio, número de documento y página. Las páginas aquí citadas siguen el orden original del documento e identificadas entre corchetes.

¹⁷ *Manuscrito*, cart. 6, doc. 3, [P. I, p. 43]. Años después, en 1943, escribe: “Por esta época el drama, la comedia y la zarzuela clásica habían perdido su público. La colonia de habla española [...] se acomodó a las cosas del cine-matógrafo...”. *Manuscrito*, cart. 3, doc. 1, [P. IV, p. 292].

¹⁸ Carlos Gil propone en *El orden del tiempo*. (San Juan, Posdata, 1994) que la experiencia migratoria refuerza en Vega una “temporalidad rural y provincial” (78). A partir del reloj lanzado al mar a la vista de la urbe, su análisis refuta el de Ricardo Campos y Juan Flores de la misma escena la cual relacionan a nuevos comienzos (*National Culture and Migration: Perspectives from the Puerto Rican Working Class*. Hunter College, Centro de Estudios Puertorriqueños, 1978) Para Gil no se trata de un primer gesto cosmopolita sino homofóbico (repetido cuando trabaja en el Correo), del mismo modo que su trato

del manifiesto, minar el campo de batalla por la significación y autoridades que suscita un texto. En el *Manuscrito* la heterotopía (el espacio otro) edificada en torno al linaje Farallón se sustenta, en parte, en su distinción de otros linajes que van desde el patriciado criollo del siglo XIX al presente de la enunciación (entre las décadas del cuarenta y el cincuenta del siglo XX) y en la difícil integración que le presenta una nueva inmigración.

Precisamente, y en la medida en que su era queda atrapada y relegada entre el pasado modelizante y el futuro impredecible, las tensiones de cultura, clase, raza, lengua, religiosidad, política y de género se filtran en este “libro de divulgación histórica”.¹⁹ De los letrados criollos importa su enlace con el mundo Farallón por lo que su presencia aminora entrado el siglo XX. Sus herederos, poetas, narradores y ensayistas del siglo XX, apenas se mencionan, favoreciendo rescatar biografías de otros cuyas vidas transcurrieron en Nueva York y que el olvido sepultó, entre ellos: Manuel de Jesús Padilla, Antonio Molina León, Catalino Castro y Gonzalo O’Neill. José Martí, Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos serán

y referencias a las mujeres y a grupos étnicos distintos al propio delatan una masculinidad regional. Cabe aclarar que en el *Manuscrito* esta escena acontece con Vega ya desembarcado y en diálogo con Ambrosio, otro artesano que lo recibe e instruye sobre los usos de la ciudad. Como han estudiado Carmen Centeno [*Modernidad y Resistencia: Literatura obrera en Puerto Rico* (1898-1910). San Juan, Editorial Callejón, 2005], y Julio Ramos [*Amor y anarquía. Los escritos de Luisa Capetillo*. San Juan, Editorial Callejón, 1992] aunque el pensamiento más radical de la cultura obrera fue el de Luisa Capetillo, no estuvo ausente de contradicciones, sobre todo en lo relativo a la maternidad y los deberes domésticos. Sería interesante contrastar los códigos de conducta y las expectativas de estas memorias con *En babia* de José de Diego Padró (1940), cuya trama persigue a dos inmigrantes en Nueva York, herederos de fortunas criollas. Considerada la única novela vanguardista puertorriqueña su trama alterna entre la incoherencia de la reflexión personal y una travesía por la ciudad vía el exceso de todos los placeres que Vega pronunciaría prohibidos.

¹⁹ César Andreu Iglesias (ed.), “Introducción: Donde el editor da cuenta de algunas opiniones de Bernardo, del origen de estas memorias y de cómo realizó el trabajo para publicarlas”, *Memorias de Bernardo Vega. Contribución a la historia de la comunidad puertorriqueña en Nueva York*. San Juan, Ediciones Huracán, 1977, p. 30 (en adelante *Memorias*). Cada uno de estos temas amerita un ensayo aparte explorando entrelíneas lo afirmado y sus aporías; esto es, entre lo que se presenta como lo correcto y sus rupturas y contradicciones como lo propio de lo humano y lo vivido expresado mediante el lenguaje.

referencias constantes en el relato del tío Antonio, el personaje que condensa el siglo XIX hasta su muerte en 1917, un año después de la llegada de Bernardo. Betances y Segundo Ruiz Belvis llegan a Nueva York el 3 de agosto de 1867, bajo acusación de conspiración “no eran personas desconocidas para los tabaqueros y demás artesanos de ambas emigraciones.”²⁰ Martí era el “patricio cubano”, un transterrado acogido por los tabaqueros en su trayectoria de Tampa a Nueva York, y de quien la historia de sus amores con Carmen Mantilla se juzga como propia de la condición humana, del “joven con necesidades biológicas”.²¹ El juicio sobre Hostos es mucho más problemático. Como Martí y Betances, su compromiso y liderato con las luchas separatistas era incuestionable. Sin embargo, acercarlo a la cotidianidad y al mundo del trabajo obrero y artesanal resaltaba aún más las tensiones con el “apostol borinqueño” como se expresa en esta secuencia fechada en 1870 tras la partida de Betances y J. F. Besora de La Liga:

Quedaba en el escenario solamente Hostos, debatiéndose en su miseria económica y su dolor espiritual. Su estado financiero era calamitoso. No tenía ni con qué comer ni con que comprarse la ropa para la estación fría que se avecinaba. Muchas de estas necesidades hubieran podido ser remediadas, pero el hombre era demasiado orgulloso. Si no hubiera era tenido tanto amor propio hubiera podido emplearse en algún taller de cigarros. En ellos se ganaban la vida y se amparaban muchos exiliados importantes. Pero el ilustre borinqueño, aunque muy demócrata y liberal, no creía que un intelectual debía ganarse el pan con el trabajo bruto de la fábrica. Tal vez si esto se hubiera alcanzado, el acercamiento a los obreros hubiera dado el fruto que más tarde se logró con Martí.²²

²⁰ *Manuscrito*, cart. 7, doc. 2, [P. II, p. 38]. Cubanos y puertorriqueños reunidos en el Club de Artesanos, organización que se opone a la Liga de Patriotas, la cual, para Bernardo, fue fundada por la aristocracia antillana para contrarrestar el Club y su convivencia comunitaria.

²¹ *Manuscrito*, cart. 8, doc. 1, [P. II, p. 91]. “Cherchez la femme”, escribe Bernardo.

²² *Manuscrito*, cart. 7, doc. 3, [P. II, pp. 69-70].

De modo análogo que la partición entre el oficio literario y el llamado a armas fue insostenible para Martí, la distinción entre trabajo manual y trabajo intelectual lo era para Bernardo, un signo de fragilidad. La resistencia de Hostos, cuya cotidianidad estaba fundida a la esfera pública y privada del letrado, era inexplicable para aquel que, desde el taller aspiraba a las letras: un lector en un chinchal. En el siglo XX la tensión cultural y política se traduce en alianzas, negociaciones y desavenencias con el nacionalismo de Pedro Albizu Campos, el socialismo de Santiago Iglesias Pantín “manipulador de convenciones y congresos” y el giro de Luis Muñoz Marín hacia la defensa de la colonia de quienes escritores como José Luis González y César Andreu Iglesias fueron críticos severos. En su “Comentario” inicial a *Memorias* titulado “Bernardo Vega: el luchador y su pueblo”, González destaca “la patria mítica y mística” sin antagonismos de clase de los discursos de Albizu, su restauración de la “vieja felicidad colectiva” del XIX.²³ Y, tanto en *Memorias* como en el *Manuscrito*, se reitera la irresuelta polémica entre comunistas y nacionalistas, agudizada tras la muerte del nacionalista Ángel María Feliú en una trifulca callejera.

Simultáneamente, la figura del jíbaro, figura emblemática de raíces y esencias patrias en la Isla, corre la misma suerte de los “negritos subiendo a las palmas de coco” del Teatro Orpheum.²⁴ Entre 1928-29, en plena Depresión, se forman otras organizaciones culturales y “fiestas y bochinches” en las cuales el jíbaro se presenta como payaso, provocando el hazmerreir: “Aparecía en escena un mamarracho cualquiera con una *pava*, con pantalones remendados con parches de diversos colores, tocando maracas y tamboriles de cuero, como el genuino hombre de campo de nuestra Isla”.²⁵ Para Vega, quien destaca su cuna de campesino blanco y la piel negra de Ramón Emeterio Betances, Alfonso Schomburg, Jesús Colón y otros personajes anónimos, la burla era la frontera moral entre los nuevos llegados y obreros e intelectuales orgánicos como él, el gesto innoble de borrar un pasado todavía reciente que

²³ González, José L., “Bernardo Vega: el luchador y su pueblo”, en Andreu, *Memorias*, p. 19.

²⁴ *Manuscrito*, cart. 6, doc. 3, [P. I, p. 42].

²⁵ *Manuscrito*, cart. 15, doc. 2, [P. IV, p. 151].

a él le interesa preservar, así como la dignidad y armonía racial adjudicada a su comunidad. El siguiente juicio se expresa en varias ocasiones con sus debidas variables: “Para nosotros no había problemas de raza o de religión”; “A mí me parece que eso de la *discriminación* es un fenómeno psicológico”.²⁶ La lengua materna presentó otra zona de controversia. Vega no adopta el inglés, a diferencia de Jesús Colón y otros. Sin embargo, defiende su aprendizaje por su valor utilitario y de comunicación de los afectos que surgen en el nuevo entorno.

El tránsito entre la heredad para ser preservada, la lección para ser repetida y la ficcionalización de la historia es el segundo escollo que enfrenta su primer lector y editor que trata de resolver mediante una estrategia de reconciliación que amaine las asperezas argumentales y formalice la relación historia y ficción. Escribe Andreu Iglesias:

He dejado afuera los personajes que en la “Advertencia a los Lectores” él mismo afirma que son “imaginarios”. [...] Pero vaya como confesión adicional: no eliminé lo novelesco por completo. Como verá el lector, Bernardo realizó una valiosa labor de investigación histórica sobre el elemento hispánico y puertorriqueño en Nueva York en el siglo 19.²⁷

Sin embargo, en *Memorias* no se incluye la “Advertencia” que escribe Vega en el *Manuscrito*, la cual difiere del juicio de Andreu Iglesias sobre la función de la ficción:

Esta obra, más que creativa, es de divulgación. Los acontecimientos ocurridos no pueden cambiarse ni el historiador honrado debe alterarlos a su gusto y capricho. Me he limitado a sacar los hechos de la oscuridad y del anónimo, y a referirlos; usando una forma imaginativa, y

²⁶ *Manuscrito*, cart. 13, doc. 1, [P. III, pp. 50, 51(a)].

²⁷ “Introducción”, en *Memorias*, p. 31. En la propuesta de trabajo se destaca: “su interés por la historia le hizo bucear en archivos y bibliotecas, incorporando a su manuscrito relatos de personajes anteriores a su época (puertorriqueños como Hostos, Sotero Figueroa y otros), que residieron en Nueva York. De ahí que su obra, en cierto sentido, es un relato histórico que abarca cien años. Merece publicarse.” Col. CAI, Serie: Bernardo Vega, caja 5, “Propuesta de trabajo sometida por Andreu Iglesias al Centro de Estudios Puertorriqueños”, 18 de noviembre de 1974.

dándole, algunas veces, interpretación en cuanto a motivos y resultados.

He usado un método de novela para hacer el libro más ameno. Hay muchas personas a quienes no les agrada la prosa seca de las obras de historia. Además, en los tiempos que corremos la gente quiere alejarse de las realidades del momento y para lograrlo, más de una vez, buscan refugio en la lectura de las novelas y de cuentos.²⁸

Un relato ejemplar de un sector social ejemplar supondría un sujeto ejemplar. Pero ambos autores inscriben su narrativa en una polisemia de voces y estilos que reconoce la problemática relación del hombre y su nuevo entorno: la ciudad, sus demandas y sus ofertas. La sobrevivencia exige un ejercicio de adecuación entre los principios y la necesidad. En los textos de obreros migrantes la interpelación de otra experiencia del trabajo, de la política, de la cultura, y sobre todo de las vicisitudes y la improvisación a la cual se empeña la cotidianidad urbana, relativiza y modifica los códigos y juicios de la conducta, incluso los propios. Adelanto dos ejemplos.

El Capítulo I de *Memorias* se inicia bajo el título “De su pueblito de Cayey a San Juan y de cómo Bernardo llegó a Nueva York sin reloj”. Del trayecto y de los compañeros de viaje no hay recuerdos y atribuye la causa de su pesadumbre a una novia que se deja en el pueblo advirtiendo que sería una equivocación del lector anticipar una historia sentimental la cual reduce a un drama pueblerino de capuletos y montescos. Para ello basta el apunte, se indica, y el relato se mueve a su despedida en San Juan de otros militantes que no intentaron disuadirlo: “Como socialistas, nuestra trinchera estaba en cualquier lugar del mundo”.²⁹ Sin embargo, en el *Manuscrito* el romance se continúa en la urbe en la cual pierde el encanto de su aureola trágica. Aparece en la Cuarta parte, antecedido por la historia del tío Antonio y un siglo XIX de conspiradores, obreros, artesanos y contrabandistas y, aunque se presenta como un “cambio radical” en la vida de Farallón, apenas merece unos breves apuntes:

²⁸ “Advertencia a los lectores. Cómo separar la parte novelesca de la historia en estas crónicas”, *Manuscrito*, cart. 6, doc. 7, [s.n.].

²⁹ *Memorias*, p. 38.

Hasta la fecha no hemos mencionado el hecho de que tuvo en su pueblo natal una novia muy inteligente y bonita, la cual pertenecía a la clase aristocrática. [...] Los padres de la joven se opusieron a los amores [...] con un *socialista revolucionario*, persona de *clase inferior* y hombre de limitadísimos haberes económicos.³⁰

Temerarios ambos, el romance asumió “modalidades fantásticas” y sus padres la envían a Nueva York con sus hermanos. A la llegada posterior de Farallón reanudan relaciones, pero al terminar la prohibición y contrariedad del contexto pueblerino, el noviazgo “se iba enfriando” aunque se casan “casi sin darse cuenta ni el uno ni el otro”.³¹ En otras secuencias serán mínimas las referencias a la vida familiar, siempre sin nombres, a dos hijos y a un segundo matrimonio. Ello contrasta con el espacio narrativo concedido a otras figuras femeninas que desfilan en los dos siglos y cuyas funciones secundarias en la trama apoyan la construcción de linajes. En el XIX aparecen esposas y madres abnegadas así como damas recatadas de buena sociedad, encubriendo y facilitando el trasiego ilegal de ideas y actos de disidencia como Guida Besares.³² También aquellas para quienes el deber subordina lo personal, como María Cofresí, madre del tío Antonio, quien abandona a sus hijos para seguir una vida de conspiración y contrabando. En el siglo XX Vasyliisa, la hija del tío Antonio, condensa el sacrificio personal y político enlazando nuevamente a Cuba y Puerto Rico. También aparecen extranjeras cuyo exotismo y sensualidad distraen tanto al tío Antonio y a Bernardo de sus compromisos personales y políticos como la artista de ópera y ballet Lauri Brodi, cuya pasión secreta (adicción a drogas) la conduce a la cárcel, no sin tentar antes la flaqueza que debe superarse, y la liberal Amalie Lotiska, quien regresa a Europa tras declararse la República Checa.³³

³⁰ *Manuscrito*, cart. 13, doc. 1, [P. IV, p. 9], énfasis en el original.

³¹ *Ibid.*

³² Estas historias de orfandades biológicas y madres y padres sustitutos abonan el paso de lo filial a lo afiliativo en la creación de otros linajes y comienzos.

³³ Estas mujeres aparecen entre las páginas 36 y 39. Luego no se vuelven a mencionar otras “flaquezas” excepto el coqueteo con las compañeras de trabajo del Correo. *Manuscrito*, cart. 6, doc. 3, [P. I, pp. 36-39].

Memorias guarda discreción sobre ambas en tanto distraen de la trama y del carácter representativo de su personaje, sujeto a debilidades de la carne, pero íntegro en su determinación de superación moral y política. En contraste, se destaca otra instancia de flaqueza y rectificación. Me refiero al año 1929, en el cual la pobreza, el hacinamiento, las enfermedades y el desempleo azotaban a los inmigrantes que ya se desplazaban a Harlem como nuevo centro latino. En esa coyuntura la necesidad obliga. Dos hechos “pecaminosos y reprobables” le recuerdan la precariedad de su situación: vende bolita y se presta para ser “chivato” a la policía de dicha empresa ilegal.³⁴ Ambas secuencias temáticas dotan a las memorias de Vega de una humanidad que facilita la empatía e identificación de su lector virtual: no es el heroísmo singular en circunstancias extraordinarias, ni el del que vive anónimo y como autómatas sin sucumbir a las pasiones e intereses. Andreu Iglesias decide por preservar la anécdota de aquél, que en conciencia de sus actos y consecuencias, discute y decide sobre los asuntos de su vida y su comunidad. De ese modo el juicio corrector es análogo a la denuncia del militante quien reconoce y enmienda su falta haciéndola digna de ser contada. Mientras, la pasión privada se desplaza a los afectos electivos y su residencia portátil: el escritorio del tabaquero en el cual la letra y la hoja de tabaco enredan memorias propias y ajenas, históricas e imaginadas.

LEER

*Existe una cita secreta entre las generaciones
que fueron y la nuestra.*

Walter Benjamin, *Tesis de filosofía de la historia*

Empecemos el viaje genealógico hacia el tabaco con *Memorias*. Su publicación no fue fortuita. Era el tiempo propicio: el momento de Calibán y el agotamiento de Ariel. Diarios, memorias, crónicas, relatos orales develaban otras experiencias en las cuales ninguna vida debía ser ignorada. *Quarto de despejo: diario de una favelada* (1960) de la brasileira Caroli-

³⁴ *Manuscrito*, cart. 15, doc. 3, [P. IV, pp. 156-158].

na María de Jesús, *Biografía de un cimarrón* del cubano Miguel Barnett (1966), *Hasta no verte Jesús mío* (1969) de la mexicana Elena Poniatowska, *Si me permiten hablar* (1978) de la minera boliviana Domitila Barrios de Chúngara y la guatemalteca *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (1983) consentían otros imaginarios juramentados en el gesto imperpertinente de un sobreviviente que ahora podía hablar de la esclavitud, del indigenismo, de los marginados en los cordones de miseria. Emergían cuando una nueva izquierda y sus cuadros políticos y culturales se reorganizaban después del fuerte empuje de la Guerra Fría, el avance del capitalismo industrial y tecnológico a su conversión en capital global y mediático, la proliferación de las dictaduras y los modelos del estructuralismo y posestructuralismo académico y sus reclamos de neutralidad ideológica. El ángel de la historia los traía consigo y de la lectura de sus fuegos fatuos se iluminaban las promesas del presente y se vislumbraba un futuro capaz de redimir los errores y cegueras de la humanidad. Al fragor del poscolonialismo, de la Revolución Cubana, de las protestas estudiantiles del '68 en México y París, entre otros eventos, se habilitaban mundos posibles, surgían nuevos credos y rituales en el marco de la historia cultural, los estudios subalternos, las batallas por los derechos civiles y el feminismo, entre otros debates.

El campo intelectual puertorriqueño no fue una excepción. De ello muchos críticos se han ocupado ya. En él César Andreu Iglesias y José Luis González fueron los francotiradores de una generación que incluyó, entre otros, a Pedro Juan Soto y a René Marqués. Formados en lo que Antonio Gramsci designó como intelectuales tradicionales, sus afiliaciones al Partido Comunista y a las ideologías de posguerra, recelosas de los nacionalismos culturales y políticos (entre ellas, el marxismo de Georg Lukács y el humanismo existencialista de Jean Paul Sartre), los apartaron de otros escritores institucionalizados en la academia o en sedes culturales, sobre todo a partir de la implantación de una política cultural del Estado que oficializaba lo que se entendería por la personalidad puertorriqueña a partir de la Constitución del Estado Libre Asociado en 1952. En el periodismo, en revistas de corta duración, en la novela y el ensayo se enfrentaron beligerantemente a la era muñocista –populista y desarrollista– y al nacionalismo culturalista, an-

ticipando las primeras crisis de sus proyectos como también la de los alternos y/o contestatarios. Las columnas de Andreu Iglesias en el periódico “Cosas de aquí” (*El Imparcial*, 1959-68) acompañaron las novelas *Los derrotados* (1956), y su crítica del nacionalismo, y *Una gota de tiempo* (1957), su novela policial.³⁵ También fue una de las figuras claves de la izquierda sindicalista y de movimientos radicales en Puerto Rico, de sus triunfos y derrotas y de sus debates internos. Como Andreu Iglesias, José Luis González fue un huésped incómodo en los círculos e instituciones académicas y culturales y precursor de una nueva fase de la literatura urbana de un país cuya movilidad social encubría sus inclemencias en relatos como “La carta” y “En el fondo del caño hay un negrito”. A finales de los setenta, exiliado en México, quebró un silencio de dos décadas con *El país de cuatro pisos* y las novelas *La llegada* y *Balada de otro tiempo*, trastocando los paradigmas de lectura y ordenación jerárquica de un canon que habían obliterado asuntos de clase, raza y cultura popular.

No sorprende, pues, que desde sus primeras páginas *Memorias* afilie su horizonte de interpretación al de sus editores y primeros críticos. En el marco de un sindicalismo que trenza sus comienzos con los de artesanos y obreros, Andreu Iglesias vio “el último vástago de la tradición de tabaqueros criollos, nacida al calor de aquellos talleres de antaño que fueron verdaderas universidades obreras.”³⁶ Desde el marxismo, González lo leyó como una zaga de la clase trabajadora, un documento de oposición tanto al nacionalismo como “al hibridismo cultural y moral de la otra ‘emigración’, la de los puerторriqueños ricos cuya única patria reconocida es su cuenta bancaria”.³⁷ Desde los estudios culturales, Arcadio Díaz Quiñones ve en *Memorias* una cartografía indispensable, un quiebre del silencio de la cultura obrera e inmigrante desde el siglo 19, juicio que extiende a su editor:

³⁵ Sobre la trayectoria literaria, sindical y política véase Georg Fromm, *César Andreu Iglesias: aproximación a su vida y obra*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1977.

³⁶ “Introducción”, en Andreu, *Memorias*, p. 32.

³⁷ González, “Bernardo Vega...”, en Andreu, *Memorias*, p. 24.

En ese libro también está, como subtexto, el relato de las pasiones que animaron la vida de Andreu Iglesias y su honestidad moral e intelectual. Por fin pudo construirnos una larga tradición.³⁸

La traducción al inglés por Juan Flores lo destaca como fuente sustantiva de conocimiento para la historia del Caribe latino y su presencia en Estados Unidos desde principios del siglo XIX:

Yet as integral as the book is to the overall national problematic and to the perspectives within Puerto Rico that have emerged over the past decades, there is no doubt that is the Puerto Rican community in the United States that stands to gain the most, and most directly, from Bernardo Vega's many lessons.³⁹

Para el crítico literario Efraín Barradas, *Memorias y A Puerto Rican en New York* de Jesús Colón fundaron, en retrospectiva, otros comienzos literarios:

... aunque el libro de Colón es anterior del de Vega, sólo se llega a conocer de verdad cuando se reedita a partir del éxito editorial y la repercusión que han tenido las posteriores *Memorias* de su amigo. Estos juegos temporales nos hacen pensar si no habrán otros textos similares, olvidados, ignorados, perdidos que vendrán con el tiempo a sumarse a estos dos.⁴⁰

El hallazgo del *Manuscrito* amplía esos comienzos cuyo compás, como el de Jesús Colón, fue el proyecto cultural obreiro alternativo condensado en la lectura compartida en el *chinchal*, (taller de hilvanado de tabaco), y su brújula, un mundo a varias aguas. Vega llega a los 31 años a la “Babel de hierro”. En 1959, regresa a Puerto Rico y continúa su militancia política

³⁸ Arcadio Díaz Quiñones, *La memoria rota*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1993, p. 78.

³⁹ “Translator’s Preface”, en Andreu Iglesias, César (ed.), *Memoirs of Bernardo Vega. A Contribution to the History of the Puerto Rican Community in New York*. Translated by Juan Flores. New York and London, Monthly Review Press, 1984, p. xi-xii.

⁴⁰ “El otro Bernardo Vega”, *Claridad*, 29 abril-5 de mayo 1983, pp. 14-15.

hasta su muerte en 1965. De esos años queda la constancia de su asombro ante la diversidad inmigratoria en un vaivén constante de palabras oídas, dichas o leídas sobre el otro Caribe, la otra América, el otro continente transatlántico. De una orilla a otra prima el sujeto político y autodidacta como su avidez por adquirir y transmitir un capital cultural y social filtrado en la información cablegráfica, las noticias del día, revistas y periódicos, y obras filosóficas, literarias, científicas y políticas. Una gestión la cual, en tanto intelectual orgánico, ejecutó en ciclos interrumpidos de trabajo en la gran ciudad y, en ocasiones, alternando lo artesanal y lo proletario, el autoempleo, el desempleo, la burocracia (los años en el Correo Federal durante la Guerra) e, incluso, un breve periodo como agente de distribución de revistas y libros de escasa circulación que conformaron la biblioteca ecléctica de otros como él.⁴¹

Escritos a dos manos y a dos tiempos *Manuscrito* y *Memorias* comparecieron como testigos de una comunidad obrera e inmigrante justo en las décadas en que desde el Estado y las instituciones culturales de la Isla se promovió al hacendado y al jíbaro como la savia que nutría el *ethos* de la identidad criolla de raíz hispánica. Históricamente, el panorama era otro. En los procesos acelerados de modernización, industrialización y profesionalización, una nueva demografía los iba minando en la devastación de la agricultura y los oficios artesanales y en la migración interna y al continente. Surgía otro país congregado en torno a las ciudades en las cuales se levantaban urbanizaciones y condominios de clase media y residenciales públicos. En 1949, la DIVEDCO (División de Educación de la Comunidad) reunió escritores, cineastas y artistas plásticos en programas de difusión de la cultura a sectores populares. La Constitución de 1952 legalizó jurídicamente el Estado Libre Asociado y sus símbolos culturales: entre otros, el himno, la

⁴¹ En 1927, compra el semanario obrero *Gráfico* (1926-1931) iniciado por un grupo de artesanos tabaqueros y cuya orientación era la defensa de la raza hispana. Cabe destacar la diferencia entre la experiencia de Vega al insertarse en una comunidad que ya poseía una trayectoria inmigratoria de polacos, irlandeses, italianos, españoles y del Caribe hispano a diferencia de la nueva inmigración a la Florida central. Sobre este tema véase los ensayos incluidos en la revista *Op. Cit. Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, núm. 20, 2011-2012, que ya he citado.

bandera y criterios de preservación patrimoniales. En 1955, el Instituto de Cultura Puertorriqueña abrió sus puertas isla adentro y, en 1968, el centro comercial más grande del Caribe, Plaza las Américas, lo hace al mercado global y a nuevas prácticas e identificaciones ciudadanas. En 1970, CEREP (Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña) inició sus trabajos de investigación académica incluyendo la migración.

Paralelamente los barrios y la organización de los puertorriqueños en la metrópoli se transformaron.⁴² Hacia los cuarenta la red de activistas civiles, religiosos, y políticos, de bodegeros, fondistas, artistas, barberos y *boliteros* de los barrios tradicionales, empieza a ceder ante los proyectos de renovación urbana del gobierno norteamericano, la creación de la División de Migración del Departamento del Trabajo en 1948 y, posteriormente, de ASPIRA en 1961 como esfuerzo comunitario, por mencionar algunos hitos importantes. En Chicago, en 1969, un grupo de jóvenes anunciaba un nuevo tipo de militancia, los YLO (Young Lords Organization) y, en 1974, la FALN (Frente Armado de Liberación Nacional) retomaba la acción armada de los ataques nacionalistas al Congreso en 1954, con cuadros formados en la urbe y con otro proyecto social. En 1968, abría sus puertas Eugenio María de Hostos Commu-

⁴² Sobre la relación ciudad y cultura a lo largo del siglo XX véase mi ensayo “Piedra y palabras: los debates culturales en Puerto Rico”, en Luis González Vales y María Dolores Luque (coords.), *Historia de Puerto Rico*. Colección Historia de las Antillas, dirigida por Consuelo Naranjo, vol. 4, Madrid, Editorial Doce Calles, CSIC, Centro de Investigaciones Históricas, Oficina del Historiador Oficial, 2013, pp. 491-535. La primera presencia de puertorriqueños se registra hacia 1830 asociada a la promoción del comercio con la fundación en Nueva York de la Spanish Benevolent Society. Exiliados políticos, exportadores de azúcar y tabaqueros se les irán uniendo en Tampa, Filadelfia, New Orleans, Boston y Connecticut. A partir de 1898, se intensifica la migración de trabajadores agrícolas con otros destinos como Hawaii. Véase, entre otros, Vanessa Pérez Rosario (ed.), *Hispanic Caribbean Narratives of Migration*, New York, Palgrave MacMillan, 2000; Carmen Teresa Whales y Víctor Vázquez Hernández (eds.), *The Puerto Rican Diaspora. Historical Perspective*, Philadelphia, Temple University Press, 2005; History Task Force (ed.), *Sources for the Study of Puerto Rican Migration 1879-1930*. New York, Centro de Estudios Puertorriqueños, Hunter College, 1982; Myrna García Calderón, *Espacios de la memoria en el Caribe hispánico insular y sus diásporas*. San Juan, Ediciones Callejón, 2012 y Bernabe y Ayala, *op. cit.*

nity College (CUNY) en el cual los descendientes de aquellos primeros inmigrantes obreros y de los recién llegados podrían seguir estudios universitarios. En 1973, el Centro de Estudios Puertorriqueños en Hunter College (CUNY) inicia una ininterrumpida tarea bibliográfica y de investigación. *Memorias* entra al archivo obligado de una biblioteca que cruzaba el mar.

Memorias y el *Manuscrito* no fueron sordos a esos cambios de paradigmas. Por ello la urgencia de reencarnar en la escritura las huellas de una comunidad también en tránsito. Estetizar la política mediante el teatro vivo de un tiempo que, como el humo del cigarro de tabaco, se esparció más allá de geografías y lenguas territoriales y del binarismo caña/café: costa/montaña patrocinadores de doctrinas de contagio/autoctonía para las cuales la migración fue un punto ciego. Un tiempo que ya era pasado para su comunidad elegida. En su relato se traban otras alianzas: del torcedor de tabaco, elaborador de cigarros en talleres artesanales y de una fuerza de trabajo obrera que desde el siglo XIX podían encontrarse a lo largo y ancho de las Antillas hispánicas como en Tampa, Filadelfia y Nueva York. También se narra la disolución del torcedor y el mundo artesanal y sus rituales culturales y políticos en las filas asalariadas de las grandes corporaciones que controlarían el monopolio del cigarro. Entre la mecanización y división del trabajo manufacturero y los efectos del sindicalismo organizado y desvinculado de las luchas y debates de la cultura obrera de sus comienzos, una era se esfumaba.⁴³

Si el viaje de geografía, poblaciones y culturas ha guiado esta lectura de las islas antillanas, el protagonismo del tabaco es su otro conducto. Del veguero, agricultores inmigrantes de las Islas Canarias desde fines del siglo XVI en Cuba y Puerto Rico, su cultivo en pequeñas fincas y con poca inversión de capital y esclavos logró una relativa autonomía que los distinguió del azúcar y su función en los discursos de identidad nacional como destaca el antropólogo cubano Fernando Ortiz:

... trabajo de pocos y tarea de muchos; inmigración de

⁴³ Sobre el desarrollo del movimiento sindical a lo largo del siglo y la relación de Andreu Iglesias con el mismo, véase los libros citados de Ayala y Bernabe, y el de Fromm.

blancos y trata de negros; libertad y esclavitud; artesanía y peonaje; manos y brazos; hombres y máquinas; finura y tosquedad. En el cultivo: el tabaco trae el veguerío y el azúcar crea el latifundio. En la industria: el tabaco es de la ciudad y el azúcar es del campo. [...] Cubanidad y extranjería. Soberanía y coloniaje. Altiva corona y humilde saco.⁴⁴

En la bibliografía puertorriqueña su mención es muy breve. Así, por ejemplo, en *Los cinco sentidos* (1955) de Tomás Blanco, ilustrado por Jack Delano, el aroma del café y la guajana de la caña, junto al coquí y las brisas, componían el inventario simbólico de un pasado aurático. De acuerdo a Arcadio Díaz Quiñones:

Los cinco sentidos puede leerse como un bello canto de despedida a un mundo en extinción que sólo podía perdurar en la escritura. En el libro se construye ese tiempo mítico. Es un tiempo pretecnológico, en el que el hombre y la naturaleza aparecen reconciliados, y que Blanco contrapone a la general “profanación” de la sociedad industrial. Era ciertamente un desafío a la noción de “mutación cultural” proclamada por Muñoz Marín. La respuesta de Blanco fue clara: frente a la “oquedad y el desasosiego” de la velocidad moderna, la reconciliación con la tierra.⁴⁵

Del cultivo al cigarro, su conversión en objeto artesanal lo distanció aún más de la asociación a la tierra y a las esencias patrias. El cigarro era un oficio de taller que cruzaba razas, géneros y topografías; el cigarro pasaba de mano en mano; el cigarro era urbano y trashumante; el cigarro convocaba otras pasiones y relatos. Entre ellos, la del tabaquero inmigrante.

Como la memoria letrada, la de Vega reclamó sus comienzos en el siglo XIX en Cuba y en Puerto Rico compartiendo algunas fechas y personajes coyunturales: los debates separatistas, la influencia de Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos, el '98 y la Guerra Civil Española, entre

⁴⁴ Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 14.

⁴⁵ Díaz Quiñones, *Sobre los principios...*, p. 433.

otros. Sin embargo, particularmente en el *Manuscrito*, difieren en la interpretación de acontecimientos no vinculados directamente con la historia nacional, como la Guerra de Independencia Cubana y la relación entre los tabaqueros y José Martí en Tampa, Filadelfia y Nueva York. En la trama criolla, el XIX era el siglo de las gestas y héroes autonomistas y, el '98, la caída como antesala de un tiempo muerto cuya modalidad trágica (ausencia, pérdida, fracaso) amputó el proyecto liberal. Al trauma del '98 vendría un tiempo de restitución mediante la reinserción de los intelectuales en la arena pública y la “vida buena” que prometía el estado populista y desarrollista, ambos vencedores del adversario y sus circunstancias. Sin embargo, en la cronología de Vega es otro su hilo narrativo: el protagonismo de obreros y artesanos condensados en la figura del torcedor de tabaco. En el *Manuscrito* lo que importa es el traslado del Caribe a la metrópoli, del relato oral a la escritura, de lo imaginado a lo vivido, de lo rescatable por el editor entre “la ficción” novelesca y “la divulgación histórica”.⁴⁶

Algunos de los primeros cronistas en el campo histórico y cultural de ese mundo obrero y artesanal fueron los cubanos Ambrosio Fornet, Gaspar García, Fernando Ortiz, José Portuondo y José Rivero. De Puerto Rico, fueron pioneros los trabajos de Juan José Baldrich, Ricardo Campos, Rubén Dávila, Arcadio Díaz Quiñones, Juan Flores, Gervasio García, Ángel Quintero, Erick Pérez y Julio Ramos. Muchos de esos trabajos gravitaron, además, en torno a las revisiones sobre la historia obrera y de la migración hechas por el Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña (CEREP, 1970) y el Centro de Estudios Puertorriqueños (1973). El tabaco nos regresa al siglo XIX y a una historia de contrabandistas y revolucionarios en tanto cifra de comienzos y linajes autorizados por Vega, sobre todo en el *Manuscrito*. La experiencia del chinchal amplió su independencia frente al café y la azúcar al no precisar de una residencia fija ni obligarse a los contratos y condiciones onerosas de trabajo de los agricultores ni de los trabajadores de la caña. En Puerto Rico, Ángel Quintero Rivera ha estudiado que, si bien a mediados del XIX el tabaco se torce en casa y en pequeños chinchales, la actividad material y la conciencia artesanal, en

⁴⁶ “Introducción”, *Memorias*, p. 30.

tanto productores de servicios y mercancías, se desarrolló al interior de la economía de la pequeña producción que dominó los centros urbanos a diferencia de la economía de subsistencia campesina y de la economía señorial de la hacienda.⁴⁷ Con o sin taller propio, del campesinado se distinguían como trabajadores diestros, lo que luego se extendería a educados. De los hacendados y comerciantes los distanciaba la idea de que la conducta y la estructura social dominante, y sus relaciones de subordinación, no correspondían a sus intereses y necesidades ni a la naturaleza independiente de su trabajo. Al paternalismo y deferencia de las clases propietarias oponían otra tradición: la “parejería”, un gesto que, en la mimesis de los patrones de conducta dominantes, denotaba irreverencia. Eran, al interior de la sociedad obrera “altiva corona”, como los describió Fernando Ortiz.

Acoto sus comienzos. En 1865, el cubano Saturnino Martínez, un torcedor de tabaco y autodidacta, funda el semanario *La Aurora*. Noticias, artículos de opinión y proclamas y páginas literarias estimularon la afición por apropiarse de lo que había sido, hasta ese momento, uno de los bienes más custodiados de las clases propietarias y dirigentes: el capital cultural de la palabra. La escrita, patrimonio de la cultura alta, y la oralidad adjudicada a la cultura popular del artesano urbano y el campesino, fueron bienespreciados en su función estética y reflexiva como por su potencial de adquirir y desarrollar una conciencia y agencias propias. Pronto se darían a la creación de escuelas para obreros, a la difusión de las lecturas en los talleres de tabaco y a la asistencia a la Biblioteca de la Sociedad Económica del País (una de las fuentes de su ideario secular ilustrado y sus nociones de modernidad). Cito del editorial del primer número de *La Aurora*:

Venimos a hermanarnos a ese grupo de obreros de la inteligencia que tanto afán manifiesta por el adelanto de las ciencias y de la literatura y por la difusión de las lu-

⁴⁷ Ángel Quintero Rivera, *Patricios y plebeyos: burgueses, hacendados, artesanos y obreros: las relaciones de clase en el Puerto Rico de cambio de siglo*. San Juan, Editorial Huracán, 1988.

ces entre las masas de la sociedad.⁴⁸

Mientras, en Puerto Rico, la prensa obrera se inició en 1874 con *El Artesano* en un ambiente de mutua simpatía entre artesanos y liberales criollos que la Primera República Española había auspiciado. A mediados del siglo XIX e inicios del XX, un proyecto cultural obrero se sumó a los discursos de representatividad nacional que acompañaron las décadas de reclamos de independencia o autonomía de las colonias ante un disminuido y conservador imperio español y/o de anexionismo ante el norteamericano el cual prometía el acceso a derechos ciudadanos y a la modernidad social y económica que la antigua metrópoli les había regateado. En los barrios obreros, algunos de ellos todavía extramuros hasta el derrumbe de las murallas en 1897, el año de la Carta Autonómica, o enclaustrados al norte de la península –como Ballajá– sastres, tipógrafos y tabaqueros, entre otros, cambiaban la fisonomía de la vieja ciudad murada de San Juan, sede tradicional del poder civil, militar, mercantil y cultural, tanto por sus oficios como por sus asociaciones gremiales, su afición a la literatura realista y naturalista y a manifiestos socialistas y anarquistas, así como a la publicación de textos considerados menores –proclamas, artículos de periódico, ensayos, dramas cortos– de escasa difusión en revistas y editoriales en Cuba y Puerto Rico; en Tampa, Filadelfia y Nueva York. El derrumbe visibilizó lo que ya era un dado: la inevitable expansión física de la ciudad militar y catedralicia para dar paso a la modernidad tantas veces prometida.

El 12 de mayo de 1898, el ataque de la escuadra naval del almirante Sampson a la plaza fuerte y sus murallas al mar reticuló otra geopolítica de la región. Y, mientras el país se ajustaba a las nuevas coordenadas imperiales, al interior de los restos de las murallas, en sus afueras y en otros centros urbanos, un sector obrero y artesanal reclamó otras sociabilidades distintas al pasado de patricios liberales. En Puerto Rico muchos de ellos defendieron un anarquismo suscrito a otras lealtades que las de clase, como se expresa en el editorial de 1897 de *Ensayo obrero*: “sin más patria que el taller y sin más

⁴⁸ José Portuondo, “*La Aurora*” y los comienzos de la prensa y de la organización obrera en Cuba. La Habana, Imprenta Nacional de Cuba, 1961, p. 25.

religión que el trabajo”.⁴⁹ O se afiliaron a la Federación Libre de Trabajadores y el Partido Socialista, fundados ambos por Santiago Iglesias Pantín. En cualquier caso, a distancia de normas y valores tradicionales disciplinadoras de alteridades y resistencias –tales como el hispanismo, el catolicismo, la jerarquía social y una lengua cuya corrección se medía en las impurezas de los usos coloquiales–, celebraron un cosmopolitismo, distinto a las vanguardias de las cuales fueron contemporáneos, en la escena *performativa* y renovada de la lectura en los talleres de trabajo. Además, al asumir los cruces sociales y raciales de las Antillas, y en la inmigración al Norte, evidenciaron las fisuras y contradicciones de una identidad homogénea fraguada en la geografía y cultura insular.

Admiración por y ambición de poseer la instrucción como entrada a una ciudadanía de lo universalmente compartido, legitimaron el reclamo obrero. Esta afiliación a la corriente positivista los hermanó con el pensamiento liberal criollo decimonónico. Inicialmente los hábitos, lecturas y criterios de la alta cultura de las clases propietarias dominaron estos centros y prácticas culturales. Pero la propia naturaleza y dinámica del proyecto obrero fue articulando sus diferencias sobre la semejanza. La descripción hecha por un artesano anarquista, el puertorriqueño Eduardo Conde, de una velada literaria en 1899 lo ejemplifica. Se inicia con un acto de prestidigitación, le sigue la escenificación de *Fin de fiesta* del anarquista Adrián del Valle, y finaliza con una lectura de poemas y un diálogo cómico. La composición del evento –entretenimiento y educación política– y su pluralidad de registros, al asociar expresiones de cultura alta y popular, rebasaba tanto el gesto mimético como el opositor estableciendo una relación más híbrida y compleja: una práctica cultural que instauraba su diferencia en la puesta simultánea del lenguaje hecho propio y del lenguaje del otro.

Tanto *Memorias* como el *Manuscrito* responden a lo anterior, una retórica endeudada con una cultura canónica y con los tanteos de otra anticipada. También con una subjetividad alterna ejemplificada en la práctica de un lector cuya

⁴⁹ Rubén Dávila, *El derribo de las murallas: orígenes intelectuales del socialismo en Puerto Rico*. Río Piedras, Editorial Cultural, 1988, p. 18.

voz acompañaba la jornada de trabajo en el chinchal. Como el humo del tabaco que disemina su aroma mientras dibuja y desdibuja figuras en sus volutas, su voz fue una zona compartida entre la letra y la oralidad. Transfigurado en la imagen del cuentero, es también uno de los enlaces entre los siglos XIX y el XX en el *Manuscrito*.

Su puesta en escena se le asignará a la figura del tío Antonio y su relato atraviesa el *Manuscrito* en la modalidad del romance familiar que Doris Sommer ha suscrito a novelas del XIX en América Latina: una trama romántica en la que las parejas de amantes funcionan como conciliación de sectores sociales, raciales o étnicos en la creación de una narrativa nacional fundacional.⁵⁰ Su trama y sus efectos narrativos son muy complejos, tema de otra investigación, por lo que lo presento sucintamente. El tío se emparenta por línea materna a los Cofresí, contrabandistas y navegantes. Por línea paterna a Juan Farallón, soldado contra el sitiado extranjero de los franceses en Zaragoza, confinado en Ceuta, y combatiente con las fuerzas de Simón Bolívar. Su descendencia se establece en Tampa y Nueva York, sobre todo en el mundo artesanal y obrero de los inmigrantes y en la dedicación a la militancia cultural y política. Su hija Vasylysa se hace cargo de la familia y su hijo Borinquén se casa con la cubana María Teresa, y emigran a Cuba donde muere en la Guerra. De esa unión nace Silvestre, Vasylysa contrae matrimonio con un intelectual socialista, ambos mueren enfrentados a la policía machadista y María Teresa enloquece.⁵¹ Lo que me interesa destacar es la función textual del tío como *alter ego* de su sobrino y enlace entre un siglo y cuyo legado se presenta como transmisión oral, un diálogo distendido a lo largo de la llegada de Bernardo y la muerte del tío. En su ensayo "El relator" Walter Benjamin expone cómo la oralidad del cuentero, y su mimesis en las inflexiones de la voz y el gesto que anima a la letra ya fija en el papel, dota

⁵⁰ Doris Sommer, *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. California, University of California Press, 1993.

⁵¹ Vasylysa es instructora de lenguas y Borinquén, enfermero, oficios de servicio a otros. Un tercer hijo, Rubén, es la mala semilla que la ciudad se traga, el hijo perdido en la vagancia y la delincuencia ajenas a la ética tabacalera.

al relato de una representatividad colectiva. Como en el antiguo arte del juglar, se acude a un patrimonio cultural secular que consuela y aconseja, restituyendo una experiencia que las nuevas tecnologías de la cultura moderna y la especialización intelectual iban apagando. La escena del tío y el sobrino es, pues, otra reiteración de la lectura en el chinchal, otra lección que exige oír leer. El lector media entre la letra y la oralidad asignada a los sectores subordinados dotándolos de un prestigio particular. Voz, presencia, conocimiento y disciplina eran sus requisitos y, su paga, una cuota de dinero o de cigarros liados entre sus iguales. Sin embargo, aun ese perfil jerárquico en el proyecto cultural obrero se neutralizaba en la verificación e intervención constante de su auditorio. De ese modo se prestaba la palabra al cuestionamiento, a la polémica y, el lector, carente de reconocimiento social desde los parámetros de la cultura alta, mediaba entre el archivo sistemático de la cultura y los intereses y experiencias de sus oyentes. El siguiente fragmento de *Memorias* es representativo:

El turno de la mañana lo dedicaba a la información cablegráfica: las noticias del día y artículos de actualidad. El turno de la tarde para obras de enjundia, tanto políticas como literarias. [...] se alternaban los temas: a una obra de asunto filosófico, político o científico le sucedía una novela. [...] Conste que ningún tabaquero se dormía.⁵²

Intervenida la jerarquía organizativa del aula patricia el taller de tabaco se convierte en un auditorio poseedor de un saber iconoclasta que impone otro orden y selección sobre esta biblioteca heterogénea y rodante que anula el silencio reflexivo y lo convierte en un centro de agitación y propaganda. Por otro lado, la escena de la lectura o del encuentro con el libro como experiencia de epifanía se yuxtapone a la escena del oyente en el taller. En este nuevo contexto, en el cual una cultura subordinada oye leer, lo que se produce, más bien, es un desplazamiento de sentidos ya asignados, una revelación de otras posibles interpretaciones. De ese modo, textos de otros registros sociales y culturales se transformaron en el espacio

⁵² *Memorias*, p. 59.

público y colmado del taller artesanal. Escribe Vega:

Cuando nos entusiasmábamos con algún pasaje, se demostraba la aprobación tocando repetidamente con las chavetas sobre la tabla de hacer cigarros. Esta particular forma de aplaudir resonaba como una sinfonía de un extremo a otro del taller.⁵³

Y, mientras se oye/leer, se trabaja con la mirada puesta sobre la hoja de tabaco cuestionando la dicotomía burguesa entre trabajo manual e intelectual. El saber se convierte en el taller en un bien público de libre circulación y apropiación y no en lectura silente y solitaria.

Lo cierto es que en su proceso de modelización inicial y diferenciación progresiva, la cultura obrera no se desvinculó de los paradigmas modernos de progreso, identidad ciudadana y confianza en la educación como panacea. Apropió sus signos mientras desafió la exclusividad de la letra como índice de jerarquización social y la democratizó en la voz de los lectores y en la oratoria de sus agitadores. Produjo, como el *Manuscrito*, textos que, a primera vista, lucen desarreglados y narran acontecimientos sin distinguir entre los grandes y los pequeños; retóricas acumulativas de información de diverso orden y procedencia que establecían, mediante nuevas analogías y contrastes, otras fundaciones y comunidades. Cruzó los marcos de especialización del saber moderno burgués y favoreció un saber sin fronteras y asistemático. Como tal, podría pensarse en sus pronunciamientos como actos y palabras peligrosas. Sin embargo, no hay enunciación fuera del sistema de una lengua que siempre es propia y ajena. No hay un adentro ni un afuera de la cultura y sus redes simbólicas sino configuraciones fluctuantes de saber y poder que migran con sus sujetos y comunidades. En el tinglado de esas primeras épocas, en las batallas que dictaron pasados, presentes y porvenires, sus protagonistas, aún desde posiciones de campo opuestos, hablaron desde los sueños compartidos de una modernidad que interpretaron e implementaron de modo diferencial. Opusieron una tradición a otra tradición; memorias sobre memorias;

⁵³ *Memorias*, p. 60.

vínculos de continuidad e identificación que estimaron necesarios. Y, desde esa distancia relativa, no borraron su admiración y deseo por los marcos e instituciones de la cultura intelectual burguesa. Tampoco sus aspiraciones hegemónicas.⁵⁴ Así, si para los letrados la universidad fue su institución más distintiva, por un lado tránsito a la modernidad y, por otro, materialización del gabinete de lectura de sus textos en el que diseñaron y difundieron sus proyectos para la nación, Bernardo Vega, el viejo tabaquero, enmarca sus recuerdos dotando al chinchal de las dimensiones de una universidad obrera con los tabaqueros como oficiantes anudando tabaco y letra una vez más: “Con trabajadores de ese calibre, la fábrica de cigarrros *El Morito* parecía una universidad”.⁵⁵

Sin embargo, su condena fue el silencio. Si las vanguardias alborotaron la casa de la sintaxis criolla, la voz obrera fue un hiato inoportuno: un balbuceo, un timbre incorrecto. En una de sus pocas alusiones desde la cultura alta, el ensayo *Insularismo* (1934) de Antonio S. Pedreira los asocia a la “mecha socialista” (aludiendo a la quema de cañaverales adjudicadas a militantes del Partido Socialista), lamentándose que “ha caído sobre nuestro pueblo un diluvio de frases lapidarias capaz de empedrar el camino del infierno”.⁵⁶ Son, si acaso, un colectivo desmemoriado, una delincuencia social que ameritaba ser corregida, encaminada, disciplinada. Y, de no impedir la circula-

⁵⁴ Como ya se mencionó, Luisa Capetillo merece mención aparte. Escritora de ensayos y teatro, agitadora sindical, lectora de talleres de tabaquería, dueña de una hospedería fonda al emigrar a Nueva York, su mirada era hacia el porvenir sustentado en una utopía que conjugaba un ideario de un cristianismo primitivo, espiritismo, anarquismo, vegetarianismo y un feminismo (derecho de la mujer a su cuerpo, a su trabajo y a todos los saberes) no exento de contradicciones en lo relativo a los deberes de la domesticidad y la maternidad. Su defensa de la huelga como estrategia legítima que avanzaría una sociedad futura es comparable a su incitación a la quema de aquellos papeles que validan el orden jurídico de la propiedad privada y las condenas a la miseria y la injusticia: “... que para establecer de una vez, un sistema fijo, era necesario conducir los códigos, folios y pergaminos, y toda la papelería archivada, al centro de la Plaza pública y quemarlos”. *La Humanidad en el Futuro*, San Juan, Biblioteca Roja, 1910, p. 14, citado en Centeno, *op. cit.*, p. 208.

⁵⁵ *Memorias*, p. 59.

⁵⁶ “Insularismo”, en *Obras de Antonio S. Pedreira*. San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970, vol. I, p. 117.

ción de sus voces, de obviar su presencia, al menos ésta debía ser situada en el nuevo pacto social y cultural: es la minoría culta compuesta por jóvenes universitarios, los que deben aminsonar el ascenso de las masas y “estirar sus manos fraternales hacia ese lote obrero y burocrático que necesita intercambiar sus angustias y ensanchar las zonas de su gremio”.⁵⁷

Irónicamente, fue desde la más preciada casa letrada, la Universidad, y en los debates que ocuparon la segunda mitad de siglo retando la pretensión hegemónica de una identidad nacional con aspectos de clase, raza, género y consideraciones geopolíticas como lo latinoamericano y lo antillano, cuando los textos obreros, desde las ruinas elocuentes de sus letras y el eco de sus inflexiones, se dejaron nuevamente oír/ leer al unísono del rumor de la manos enrolando en el taller. El presente tampoco ha sido muy generoso. En *El lector de tabaquería: historia de una tradición cubana* Araceli Tinajero entrevista algunos tabaqueros que fueron, o son aún, lectores en las Antillas, algunos de ellos en los antiguos chinchales y, luego, en las fábricas.⁵⁸ Sus testimonios muestran la huella del tiempo. En Cuba fueron pocos los cambios a partir de la Revolución Cubana, pero significativos. En la República Dominicana la práctica se redujo significativamente, desplazada en su competencia con los medios masivos de comunicación.⁵⁹

⁵⁷ *Ibid.*, p. 170.

⁵⁸ Araceli Tinajero, *El lector de tabaquería: historia de una tradición cubana*. Madrid, Editorial Verbum, 2007.

⁵⁹ En Cuba los lectores pasaron a ser empleados del Estado con un salario y horario fijo. Las mujeres dominaron las tribunas en las cuales se sumó la radio y el micrófono. En algunos locales de Pinar del Río aparecen cabinas de control que dan a la calle de espaldas a los trabajadores. La selección de lectura todavía se somete a votación y proviene de las bibliotecas públicas o de las privadas de los propios tabaqueros, pero las sesiones se alternan con programas de radio y actividades informativas y culturales. En la República Dominicana la práctica fue menor y menos elaborada. Tinajero presenta dos casos pertinentes en Santiago de los Caballeros. En la fábrica “La Aurora” la lectura se reanudó en el 1998 pero bajo otras condiciones. No existe tribuna ni escritorio exclusivo para el lector quien se sienta en uno de los escritorios disponibles en el almacén de distribución del tabaco y elige los textos. La sesión se inicia con la lectura de noticias de deportes (sobre todo béisbol), artículos de revistas y anuncios de actividades tomadas de los murales de la fábrica, del horóscopo y farándulas (preferidos por las mujeres) y “... re-

Fue, sin embargo, la migración el interés primario de sus primeros lectores y críticos. A los trabajos dedicados al tema es poco lo que puedo añadir. Si su corpus textual fue poco y disperso en editoriales y revistas de poca circulación, la nómina de esos primeros inmigrantes es aún menor y su representación en la literatura insular osciló entre la pérdida o debilitamiento de lo puertorriqueño en el paso de una orilla a otra o de restitución simbólica cuando la otra ciudad era vencida en el regreso al país natal. *Memorias* se inicia con la imagen de Bernardo en la cubierta del barco atisbando la Isla que se deja y anticipando la otra. Sin memoria de infancia y adolescencia, solo se proveen dos fechas significativas antes de abordar el barco *San Blas de Coamo*: en 1915 como delegado por Cayey a la Asamblea Constituyente del Partido Socialista, y en 1916 cuando llega a Nueva York en la antesala de la primera gran emigración de puertorriqueños a los centros urbanos e industriales norteamericanos intensificada entre 1918 y 1919 como efecto de la primera Guerra y la Ley Jones de 1917 que otorgó la ciudadanía. Muchos de ellos fueron destinados a trabajar en las fincas agrícolas como en campamentos, acantonamientos y fábricas de armamentos como el que Vega tendrá su primer empleo.

Las guerras grandes, la Primera, la Segunda y la de Corea, enmarcaron los actos y las palabras de estos artesanos, conspiradores y exiliados, traducidos en proclamas, mítines y publicaciones en las cuales también batallaron las pequeñas.

flexiones que levanten el ánimo, historias que le den en el corazón a uno, historias que alivien la carga del trabajo, historias que nos ayuden a olvidar tantos problemas que tenemos en este país... Se leen mensajes, poemas, tarjetas, deseos, e incluso pequeñas composiciones que escriben los muchachos.”(p. 241) Lo que no se permite leer son noticias en contra de la compañía, de sexo, de muerte y de violencia. Tampoco novelas, no por prohibición gerencial, sino por la ausencia de gusto, atención y hábito para la literatura y por las interrupciones del robo del periódico, de otras tareas que debe realizar como obrero en la fábrica, de los turnos de música radial que alternan en la mañana baladas y boleros y, en la tarde, bachata y merengue. El otro caso es la tabaquería “Carbonell”, la más antigua del país. En una esquina de un taller todavía artesanal se encuentra la única biblioteca conservada de una tabaquería. Aunque no se lee en alta voz desde los cincuenta, cientos de libros llenan sus anaqueles, muchos más que en la biblioteca pública del pueblo apenas consultada y diezmada por el abandono y los robos de libros. Tinajero, *op. cit.*

En veladas privadas, actos culturales, cafés y centros de organización política se congregaron antillanos, americanos y europeos modificándose sus concepciones políticas y culturales al abrirse a un universo más amplio y urgente. En los cuarenta años de su estancia en Nueva York esa será la morada de Vega, un inquieto moverse entre recuerdos y presencias múltiples urdiendo, entre los deberes del testigo y del gestor, un relato que evadió la destitución física y moral del que abandona el solar patrio y el castigo del desterrado.

Oír/leer fue el dispositivo de análisis de los contenidos de *Memorias* y *Manuscrito* intentando acercarlos y deslindarlos en el traspaso de la reflexión de dos intelectuales –el primero, de formación tradicional; el segundo, orgánico– que confluyeron en la voluntad de fundar los comienzos de una comunidad cuya realidad social, tanto en 1947 como en 1976, mostraba su cambio y heterogeneidad. La última sección atiende su particularidad textual a partir de los procesos de la memoria atrapada entre las opciones del escritor culto ante la materia prima que se le presenta y la del escritor autodidacta y su defensa de sus estrategias narrativas.

ESCRIBIR

¿Qué morirá conmigo cuando yo muera?... ¿La voz de Macedonio Fernández, la imagen de un caballo colorado en el baldío de Serrano y Charcas, una barra de azufre en el cajón de un escritorio de caoba?

Jorge Luis Borges, *El testigo*

En una carta fechada el 16 de noviembre de 1961, Bernardo Vega le escribe a Jesús Colón, otro tabaquero cayeyano, socialista e inmigrante, felicitándolo por la publicación de *A Puerto Rican in New York and Other Sketches*. Cito respetando su ortografía original:

Al fin, publicasteis una obra de la cual no tendrás que arrepentirte nunca. Casi todos los escritores, en sus años maduros, se arrepienten de su primera obra. Tú con

buen juicio lo dejasteis para el otoño de tu vida...

No tengo que decirte que me haz hecho vivir otra vez algunos de los años que juntos convivimos en Nueva York. ¡Cuántos sueños! ¡Tantos planes, trabajos y desvelos! A l terminar de leer tu libro, el lector queda esperando la próxima obra tuya la cual se ve translucir al travez de cada uno de tus ensayos. Ya el que lee sabe que no será esta obra unigenita y postuma...⁶⁰

En esta evocación compartida en las viñetas de Colón, Vega escribía de su propia obra, “unigénita y póstuma”, la misma que en su escritorio de tabaquero sorteaba sueños, trabajos y desvelos en la impronta del recuerdo de un momento o lugar, una vida, una firma. De la memoria, icónica o asociativa, sabemos sobre su carácter maleable y las huellas que deja en el espíritu y la conciencia, en los cuerpos y los objetos. El memorioso atrapa los contornos del recuerdo, les da forma reconocible y nos convida a ella. En tanto renegado del olvido factura ficciones verosímiles en un ejercicio que dilata y contrae las referencias. Tal es la ambición del *Manuscrito. Memorias* fue su primera respuesta. Ambos ingresan en una de las polémicas más arduas de la cultura occidental: la tensión entre el olvido y la memoria como acto ético-político.

En el marco de las revoluciones burguesas y de la primera fase del capitalismo industrial de los siglos XVIII y XIX, el filósofo Friedrich Nietzsche defendió el olvido productivo como antídoto a la impositiva voluntad de verdad de la conciencia histórica positivista de la modernidad. En el umbral del siglo XX las vanguardias promulgaron su fin incitando a una reducción al absurdo de las formas y contenidos manifiestos de la cultura occidental a favor de un comienzo cero o del desencadenamiento de las pulsiones latentes singulares y colectivas. El siglo, en su ruta del fordismo a la hipertecnología, en su relativización y yuxtaposición de espacio, en la velocidad y multiplicidad de sus tiempos, en la desestabilización del sujeto y su palabra, sumó una hipertrofia expresiva

⁶⁰ Centro de Estudios Puertorriqueños, Hunter College, Colección Jesús Colón, Serie: Correspondencia, caja 4, cart. 7, “Carta de Bernardo Vega a Jesús Colón”, 16 de noviembre de 1961.

en la cual lo borroso, caótico y fragmentario hicieron eco de la sociedad de las transferencias rápidas, de las sociabilidades e intercambios impersonales y anónimos, de las ficciones de vida de lo espectacular, de las ideologías virales y de las seducciones de los paraísos pacificadores del consumo. Y, aunque el siglo XXI reanudó su apetito por la memoria, la ha trocado en emplanajes de medios mixtos que mimetizan la velocidad y simultaneidad que caracterizan la era de las micro y las macrotecnologías, de la informática, de los desplazamientos y de la globalización, de la preeminencia de la imagen sobre la palabra como son las instalaciones y *la performa* de carácter efímero y los murales y esculturas del arte público. O, reclama de lo que era recién espacio vivido, su pronta conversión en lugares de memoria, patrimonio a ser conservado en museos, memoriales o murales.⁶¹

Al operativo de la estela, petrificación del espacio público, o la del olvido activo que pretende ignorar que solo se puede olvidar aquello que ha sido previamente inscrito, el *Manuscrito* y las *Memorias*, en débito con la identificación mimética y los rituales de los deberes y legados, parecen anacrónicos o textos de referencia para iluminar tiempos pasados o sustentar el ejercicio académico. Sin embargo, en los mismos se puede leer otra zona de nuestra complejidad social y cultural, una intersección en las cuales las aspiraciones de modernidad, de justicia y de pertinencia cultural apropiaron y produjeron otras experiencias que amplían y diversifican el territorio de sus propias comunidades imaginadas y del canon y la memoria institucional. También permite visibilizar otras violencias que aún demandan justicia; entre ellas, el dictamen que juzga lo propio de lo literario y el derecho a ejercerlo. Tal es el caso que nos ocupa en estas memorias de tabaqueros inmigrantes en transición a su proletarización en centros urbanos en los cuales ejercieron su reclamo al ejercicio intelectual.

Advierto que Vega no escribe desde el halo de la nostalgia, en la melancolía sostenida de un mundo en desaparición o condenado a la expiación, como en los de textos de

⁶¹ Cabe destacar que la revisión crítica actual del Holocausto y de la dictadura en España y en América Latina ha retomado la relación entre memoria y violencia y entre memoria y justicia.

René Marqués, el escritor primado de su generación. Confiesa su desfase con la nueva migración, su perplejidad ante el desinterés político y la preservación del mundo imaginado en sus memorias; defiende la comunidad puertorriqueña ante las acusaciones ciertas o fabricadas de delincuencia y caos social, pero el crepúsculo no lo seduce ni los encantos de la quietud campesina. La entrada de Vito Marcantonio a la política en 1934 reanuda su entusiasmo y reincorporación al activismo. Y, aunque un breve interludio lo refugia en una finca en Long Island al cumplir 50 años, solo incentiva su retorno al fragor ciudadano. En 1940,

... harto de tomates y pollos [regresa al]... torbellino de la ciudad en busca otra vez de los bohemios, de los idealistas y de toda esa gente que anda enderezando jorobas, peleando por cosas que las mayorías creen utópicas, pero que para ellos son muy realizables y justas.⁶²

El final de *Memorias* son tres puntos suspensivos. Tras la noticia en 1947 de la concesión del Congreso de elegir al Gobernador de la Isla escribe:

... me asalta el deseo de regresar a Puerto Rico. Pero una nueva perspectiva me tira aquí de la mano. Se ha iniciado un movimiento hacia un "Tercer Partido". [...] Sería una buena contribución organizar ese apoyo. Sería una gran oportunidad para ayudar a nuestra gente...⁶³

La escritura del *Manuscrito* lo conduce a volver a rondar su ciudad en busca de las huellas de sus comienzos: a compartir sus tareas de censor (otro modo de leer a otros e interpretar) en la oficina internacional del Correo con el recorrido por los chinchales de su ciudad "oyendo los cuentos y los chistes de los tabaqueros hispanos".⁶⁴ Un regreso a la Isla en 1944 como delegado a la Convención Pro Puerto Rico lo convierte en un paria a ambas orillas del Océano: su palabra apenas hizo eco en la misma y expresa su desencanto ante el nuevo sindicalis-

⁶² *Manuscrito*, cart. 2, doc. 2, [P. IV, pp. 248(a) y 255 respectivamente].

⁶³ *Memorias*, pp. 281-282.

⁶⁴ *Manuscrito*, cart. 3, doc. 1, [P. IV, p. 301].

mo: –“En el futuro el movimiento gremial en la Isla será una olla de grillos”– y se le desautoriza de vuelta a casa por su ideología comunista.⁶⁵ Y, aunque no se registre en ambos textos, su biografía continuará en su reincorporación a los debates públicos y en el activismo político hasta el momento de su muerte de regreso a la Isla.

La inscripción de una subjetividad obrera, su agencia e interpelación cultural y política, implicó otras sociabilidades del trabajo y de la cotidianidad en la cual las imágenes fotográficas, los carteles de anuncios, las cartas y tarjetas postales también subieron a bordo en el vapor *Marine Tiger*, el *Borinquén* o el *Coamo*, o la escalerilla de la aerolínea Eastern o Pan Am. Una era en que Vega podía ser aún el paseante de su ciudad: reconocer lo familiar, familiarizar lo extraño, ajustarlo a su “obra unigenita y postuma” o descartarlo, pactar lo verídico con lo ficticio, asir sus recuerdos. Queda preguntarnos si la particularidad de su trama corresponde, también, a la de su escritura, a la entrada en la biblioteca puertorriqueña de otro estilo y autoridad intelectual: la escritura proletaria.

En *Infancia e historia*, el filósofo político Giorgio Agamben se pregunta si es posible tener (no hacer) experiencia en la sociedad contemporánea y si ésta es todavía transmisible en la cotidianidad saturada de una gran ciudad.⁶⁶ En *Lo que queda*

⁶⁵ *Manuscrito*, cart. 3, doc. 2, [P. IV, p. 320].

⁶⁶ Agamben parte de los planteamientos de Walter Benjamin en “El relator” y “Tesis para la filosofía de la historia” quien diagnostica la pobreza y la incapacidad de transmitir la experiencia en la sociedad contemporánea a partir del trauma que marca a los sobrevivientes de la guerra mundial. Para Agamben no se trata sólo de tenerla sino de la impotencia del lenguaje y del concepto mismo de experiencia a partir de la racionalidad moderna, de la distinción entre la experiencia en tanto certeza (de un conocimiento calculable y razonado a partir de la ciencia moderna, un sendero cierto) y reconocimiento que la amortigua y la que excluye la posibilidad de prever y fundar un juicio constante moviéndose en lo tentativo y espontáneo cuando se experimenta como extrañeza y trasiego. Entre el tener una experiencia y hacerla, el sujeto puede acceder a lo primero en tanto un nuevo nacer, un comienzo. Una historia vinculada a la infancia de la cultura sería aquella que se asume desde su inmediatez preconceptual y en la que el lenguaje es la inscripción de su sujeto y su capacidad de sorprenderse. Adriana Hidalgo (ed.), *Infancia e historia*. Buenos Aires, 2003. Sobre Benjamin véase “The Storyteller”, *Illuminations*. New York, Schocken Books, 1998 y “Tesis de la filosofía de la

de Auschwitz regresa a dicha interrogante en la atribución de confiabilidad del sobreviviente:

... de aquel que ha vivido una determinada realidad, ha pasado hasta el final por un acontecimiento y está, pues, en condiciones de ofrecer un testimonio sobre él.⁶⁷

Para Agamben esa palabra no busca establecer hechos con vistas a un proceso de juicio o verificación, menos aún es el reconocimiento de culpa o responsabilidad, sino lo que sostiene a aquel que tiene la vocación de recordar, que no puede no recordar, y que lo hace mediante aquello que es siempre insuficiente, el lenguaje.

¿Pero, qué sucede cuando ese testimonio es insumiso a los códigos reconocibles de un género y al buen decir que distingue la mala literatura de la buena literaria? ¿Pueden las memorias de Vega leerse por derecho propio de escritura más allá de su valor genealógico, de comienzos, asignado en la primera parte de este ensayo? Argumenta Jacques Derrida que la ley no se ejerce en nombre propio sino a partir de la autoridad que se le confiere.⁶⁸ ¿Cómo autorizar la escritura de un obrero inmigrante, hacerla aparecer sin someterla a lo meramente descriptivo o valorativo: hacer literatura del simulacro de su voz, de la caligrafía de la letra rasgada en el papel, de los tachones, añadidos y apuntes que se multiplican en bocetos de relatos? ¿Cómo esquivar que la memoria de esa primera emigración no se disuelva como la bruma que enrarecía la mirada desde el *San Blas*? ¿Cómo apresar las imágenes del sindicalismo radical para Andreu Iglesias; del ritmo y la palabra laboriosa

historia”, *Ensayos escogidos*, México, Ediciones Coyoacán, 2001.

⁶⁷ Giorgio Agamben, *Lo que queda de Auschwitz: el archivo y el testigo*. Serie Homo Sacer III. Valencia, Pretextos, 2000, p. 15. Hago uso analógico de la figura del testigo respetando la distancia entre el sobreviviente del Holocausto y un intelectual orgánico como Vega.

⁶⁸ Sobre la distinción entre la ley (el derecho) y la justicia; la apelación y la aplicación de la ley, distingue Derrida: “Una experiencia, como su nombre indica, es una travesía, pasa a través y viaja hacia un destino para el que aquella encuentra el pasaje... Una voluntad, un deseo, una exigencia de justicia cuya estructura no fuera una experiencia de la aporía, no tendría ninguna posibilidad de ser lo que es, a saber una justa apelación a la justicia.” *Fuerza de ley: El fundamento místico de la autoridad*, Madrid, Tecnos, 1994, p. 38-39.

del chinchal, heridos ambos por la transformación del espacio urbano, la intervención estatal, los cambios de enfoques y organización de la izquierda y la llegada de una nueva inmigración que no se reconoce en el universo tejido en las palabras de Vega y Andreu Iglesias?

En un *Post Scriptum* del 2010 a su libro *La noche de los proletarios; archivos de un sueño obrero* de 1997, Jacques Rancière acusa un cambio de sensibilidad de época entre el fin del siglo XX y el presente. El XX cerraba con una batalla entre un posmodernismo que desconfiaba del “delirio y los crímenes” cometidos a nombre de agendas momificadas de derecha e izquierda, y entre un marxismo vigorizado por una juventud que prometía el asalto final al capitalismo priorizando asuntos ambientales, de género, inmigración y acceso a las nuevas tecnologías de la información.⁶⁹ El tercer milenio abría en la era del capitalismo salvaje y de gestores estatales y sus negociaciones sobre las necesidades económicas (concesiones al estado de bienestar) y el sentido irreversible de la historia (triunfo del neoliberalismo y la voracidad de la demanda). En ese nuevo contexto Rancière regresa a los textos proletarios e invita a instruirnos sobre la sabiduría sutil de “quienes no tenían el pensamiento como profesión y que no obstante, desordenando el ciclo de la noche y el día, nos han enseñando a volver a poner en cuestión la evidencia de las relaciones entre las palabras y las cosas, el antes y el después, el consenso y el rechazo”.⁷⁰

¿Qué entiende Rancière por instruirnos? ¿Cómo impactan la escritura de ambas memorias? Recordemos el concepto de iluminación que proponía Walter Benjamin en sus *Tesis*: recuperar la imagen de aquello que relampaguea en un instante de peligro, el de su desvanecimiento. La tarea crítica es sustraerlo de las ruinas de la historia, arrojando el olvido con un mesianismo que reivindicara las heridas traumáticas del pasado me-

⁶⁹ Jacques Rancière, *La noche de los proletarios. Archivos del sueño obrero*. [en línea] Colección Nociones Comunes. Buenos Aires, Tinta Limón, 2010, <http://www.scribd.com/doc/36139323/Noche-de-Los-Proletarios-Ranciere> (Consultado: 17 de diciembre de 2012). Del mismo autor, véase también *El maestro ignorante*. [en línea] Barcelona, Editorial Laertes, 2003, <http://www.lacomunitatinconfessable.cat/wp-content/uploads/2009/04/jacques-ranciere-el-maestro-ignorante.pdf> (Consultado: 17 de diciembre de 2012).

⁷⁰ *Ibid.*, p. 25.

diante un programa venidero de una justicia que no renunciara, incluso, a la radicalización de sus medios. Otro filósofo, afín a esta reflexión, Alan Badiou, responde que una verdad sólo es revelada si un testigo puede nombrarla en su cotidianidad mundana.⁷¹ Es ese momento en que, de animal humano, se constituye la subjetividad: en su capacidad de producir y transmitir un conocimiento frágil, sujeto a la contingencia, pero al que le somos fiel. Se es sujeto por y para un evento.

Para Rancière ese sujeto es político en cuanto va más allá de reclamar su “parte” al cuestionar la distribución jerárquica de las partes y los lugares. De ese modo una práctica singular y situada puede atravesar lo social mediante las preguntas que plantea y la afirmación de las capacidades de cualquiera para la acción que demuestra. Esa sería su potencia de universalización, exceder el acontecimiento como irrupción para insertarlo como evento transformador del paisaje común. Esta concepción se distingue de una concepción marxista convencional la cual identifica un sujeto de la emancipación con una determinada figura social producida por el desarrollo económico de la producción capitalista suspendiendo la “jerarquía que subordina a quienes se dedican a trabajar con sus manos a aquellos que han recibido el privilegio del pensamiento”.⁷² Rancière regresa a los comienzos del movimiento obrero para afirmar que, entonces y hoy:

... políticamente define aquellos que no son tan sólo seres vivos que producen, sino sujetos capaces de discutir y de decidir acerca de los asuntos de la comunidad... El corazón de la subjetivación histórica proletaria fue precisamente la capacidad, no de representar la potencia colectiva, productiva, obrera, sino de representar la capacidad de cualquiera...⁷³

De ahí que la instrucción en los textos proletarios es reconocer que la igualdad no es un objetivo a lograrse, sino su

⁷¹ Alan Badiou, “Ensayo sobre la conciencia del mal”. *Acontecimiento*, núm. 8, octubre 1994. Portal “El Ortiba. Colectivo de Cultura Popular”, <http://www.elortiba.org> (Consultado el 25 de octubre de 2011).

⁷² *Ibid.*, p. 20.

⁷³ *Ibid.*, p. 13.

presupuesto inicial, y la acción política reside en multiplicar la demostración que ha tenido lugar en un momento y en un lugar. Se trata de otro concepto de educación, propone en *El maestro ignorante*, en el cual la lógica de la desigualdad –ejercida cuando el maestro explica porque entiende, y el estudiante recibe porque ignora– se sustituye por un saber fundado en la igualdad de las inteligencias, y cuando la autoridad se funda en una voluntad, en un impulso que convoca a otro a sospechar, a problematizar la lección, y a seguir su propio camino. Ya veíamos cómo la lectura en el taller artesanal se diferenciaba de la voz magisterial cuya doctrina diseminarían sus discípulos, un modelo prestigiado en el *Ariel* (1900) de Enrique Rodó, *Insularismo* de Antonio S. Pedreira, y *La crisis de la alta cultura en Cuba* (1925) de Jorge Mañach.

La escena pedagógica del taller es otra. El lector media entre dos sistemas culturales: la letra que organiza la cultura letrada y la oralidad subalterna. Los tabaqueros seleccionan sus textos, los interrumpen, los interrogan, los interpretan y los asumen a partir de sus saberes acumulados como autodidactas. El taller reúne un auditorio poseedor de un saber iconoclasta que impone otro orden y selección sobre esta biblioteca heterogénea y rodante que anula el silencio reflexivo y lo convierte en un centro de agitación y propaganda. El saber, inseparable de la cotidianidad, se convierte en un taller cuya circulación e intervención colectiva contrasta con la lectura privada y solitaria y con el presente de la lectura en las fábricas de tabaco que subsisten hoy, como presenta Tinajero.

De ahí, el valor del *Manuscrito* para el presente, en tanto escena que recibe la palabra de otro, de algo que sucedió y se eclipsó, y que ahora devuelve en evento, en otro saber que irrumpe como acontecimiento. La propuesta de Rancière es, pues, asumir la condición privilegiada que la retórica intelectual ha reclamado para sí; esto es, la igualdad poética de un discurso que acontece como efecto de las decisiones narrativas que tienen lugar en el plano compartido de la lengua y el pensamiento común de aquellos sobre quienes nos instruimos y quienes producen otro conocimiento. Entonces, una escritura de la igualdad en textos proletarios tendría que exceder sus tramas, proyectando en sus enunciados la magnitud de una fuerza de interpelación emancipatoria. Vimos esa fuerza en

las primeras lecturas de *Memorias*, en las de Andreu Iglesias, González, Díaz Quiñones, Barradas, Flores, y en el modo en que desde sus contextos atendieron sus condiciones de escritura y sus articulaciones específicas respondiendo, sin saber, a la pregunta que Rancière nos lanza:

... ¿por cuáles desvíos esos tráfugas, deseosos de arrancarse de la sujeción de la existencia proletaria, han forjado la imagen y el discurso de la identidad obrera? ¿Y qué formas nuevas de desconocimiento afectan esta contradicción, cuando el discurso de los proletarios apasionados por la noche de los intelectuales encuentra el discurso de los intelectuales apasionados por los días laboriosos de los proletarios? ⁷⁴

Lecturas análogas al ejercicio de aquello que Walter Benjamin asignó a la traducción: una convergencia en la cual la sobrevivencia del original, alcanza su más vasta, y siempre renovada expansión póstuma, transitando entre islas y continentes –Ceuta, Tampa, Manhattan, Cuba y Puerto Rico– y que, como la hoja de tabaco, anudándose en múltiples y aromáticos pliegues, evocan exilios del XIX, escenifican emigraciones del XX y presagian la diáspora del XXI.

Postulado ya el resto diferencial de las tramas de estas memorias, sus resistencias a la categoría de ficción novelada o documento histórico así como la función ético-política de su reclamo como evento, detengámonos en su registro de escritura. Se ha argumentado cómo, desde la perspectiva de la normatividad gramatical y del género, no puede excusarse la mala escritura del *Manuscrito*, redactado, además, antes de la era del ordenador y las redes informáticas. Esa reticencia se respira en la “Introducción” de Andreu Iglesias, en la corrección de los desacuerdos de escritura, de los nudos o quiebres que enrarecían el “relato sincero y franco”:

Bernardo me entregó un día este manuscrito con la petición de que lo editara para publicarlo. Lo leí con sumo interés, y cuando nos encontramos de nuevo manifesté mi desacuerdo en lo respecta a la forma que adoptó

⁷⁴ *Ibid.*, p. 23.

para escribirlo. A mi juicio, tenía en sus manos una obra de indiscutible valor. No veía razón para encubrir o disimular su testimonio. El relato sincero y franco era su mayor fuente de interés, y nada le añadían los retazos novelescos. [...] No pudimos llegar a un acuerdo.⁷⁵

El *Manuscrito* resiste esa atribución de “relato sincero y franco”. Los retazos novelescos, el trabajo de ficción, la reticencia a la absoluta transparencia insiste aun en las instancias de documentación. Sobre la historia del tío Antonio se aduce que “Había ciertas lagunas en el relato que yo no me podía explicar”, argumentando en otras secuencias: “El cronista ha estudiado hasta la última palabra del relator de estos hechos”; “Como no debo cansar a los lectores con muchos detalles sobre mi vida íntima, dejaré ahí lo que a ella se refiere”.⁷⁶

Doris Sommer propone el concepto “posturas particularistas” para denominar aquellos signos e inflexiones desapercibidos para un lector familiarizado con otros códigos y/o subestimados en las normativas que rigen la buena o la alta literatura, el escribir bien. Para Sommer habría que amainar el ejercicio interpretativo respetando las ambigüedades y resistencias que toda literatura presenta y que en textos considerados menores se acentúa en las disonancias y efectos de otros códigos culturales en discontinuidad con pretensiones de universalidad, asimilación o diferencia radical.⁷⁷ Sería, entonces, una práctica de abrir camino a las pausas y sorpresas, fricciones e, incluso, zonas de contacto no reconciliables. De hacerle sitio al diferendo en tanto residuos tercios que sobreviven en los márgenes de los discursos normatizadores como precondition de una negociación democrática de otras opcio-

⁷⁵ “Introducción”, *Memorias*, p. 30.

⁷⁶ *Manuscrito*, cart. 7, doc. 1, [P. II, p. 11], cart. 9, doc. 1, [P. II, p. 150], cart. 1, doc. 1, [P. IV, p. 174] respectivamente.

⁷⁷ Sommer advierte sobre las lecturas de otredad basadas en la empatía (identificación), o en la diferencia radical del otro inasible, misterioso o, incluso, en la pregunta que se hace Gayatri Spivak si la imposibilidad del subalterno de hablar no radica, acaso, en nuestra incapacidad de escucharlo en su lengua particular. Véase Doris Sommer, *Proceed with Caution when Engaged with Minority Writings in the Americas*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1999.

nes de escritura.⁷⁸ En los intervalos y elipsis, en la sustracción o exceso de información, en los regodeos y circunloquios, en los cambios rítmicos que dictan la distensión temporal y la aceleración, entre lo documentable y lo fabulado, entre las falsas pistas y los detalles inútiles, en la oscilación que ajusta la aspiración a una cultura universal y la condición particular del que enuncia y su enunciado se inscribirían las diferencias textuales, marcadores a su vez de otras políticas de la escritura y la subjetivación.

En la “Introducción” a *Memorias* se advierte sobre el cambio editorial de la persona pronominal de la tercera a la primera. Al recato de contar la propia vida que le adjudica a Vega se imponen las convenciones del género autobiográfico y la autenticidad que se le concede. Sin embargo, en el *Manuscrito* el personaje de Bernardo Farallón y su linaje es necesario para su lógica narrativa. Asume el modelo del realismo y el naturalismo escuchado en las lecturas en el chinchal y ampara la objetividad de lo narrado posibilitando enmarcar la primera parte del *Manuscrito* en el siglo XIX. Además, a distancia de la autobiografía clásica se apalabra un evento que excede a su relator por lo que Farallón sería un factor igualador en un texto entretendido por múltiples relatos de diversos tiempos y procedencias, posibilitando un nosotros ampliado que va desde el yo a ellos. El yo supondría una errancia individual, una singularidad subjetiva que lo distancia de su representatividad comunal y del camuflaje de un protagonismo que le permite transfigurarse desde tío Antonio y su linaje hasta el friso de héroes anónimos y reconocidos de su relato. Una tercera persona que alcanza a los apéndices que siguen al relato, cuando, exhausta la narración, se continua en documentos que añaden nombres, debates, cartas, actas, listados, que traicionan la frialdad de la evidencia en pos de la proliferación que insiste, en la ausencia de la comunidad, la constatación de su presencia en la lectura.

Uno de los debates contemporáneos de la teoría literaria es la sustitución del autor por el texto, por su lector. En estos textos proletarios coinciden los tres. Y, aunque se presen-

⁷⁸ Parfraseo de Sommer en su referencia al concepto de diferendo que propone Jean François Lyotard en varios de sus ensayos críticos.

ten como memorias, es la figura del yo, su autoría de vida y relato lo que más incomoda. Farallón la oculta tras el nosotros, Andreu Iglesias en su representatividad. ¿Quién firma estos textos, nos preguntamos al inicio de este ensayo? ¿A quién atribuir la versión mecanografiada, las tintas, los añadidos a mano? ¿Acaso el encuentro de ambos textos, la posible existencia de uno anterior, confirma la dificultad de la adscripción de orígenes y de comienzos intervenidos por el horizonte de expectativas de una sensibilidad de época, de un lector? Ante el oír/leer de Vega y la escritura de Vega/Andreu Iglesias, debemos ver hoy el *Manuscrito* como una experiencia irrepetible en la era digital del modo en que el liado de cigarro también lo es fuera de la feria artesanal o las paredes del museo. ¿Cómo restituir la singular subjetividad de estos intelectuales proletarios para quien el yo textual y el yo que escribe exceden nuestros conceptos de sujeto?⁷⁹

El *Manuscrito* lleva, además, a sus límites otra experiencia de la temporalidad asociada a los ritmos y ciclos del trabajo proletario fragmentado por aceleraciones, interrupciones, precariedad e intermitencias intensificadas por la inmigración. Un tiempo intervenido, a su vez, por secuencias escanciadas en la paciencia de la planificación y el recuento del acto político o cultural de su comunidad afiliativa. La secuencia temporal se altera buscando una simultaneidad entre la trama principal y las secundarias, entre la línea argumental de Antonio y Bernardo Farallón mediante pausas, sinopsis y alternancias entre los acontecimientos culturales e históricos en Cuba y Puerto Rico y una Europa devastada por las guerras de independencias, la Civil Española y las guerras mundiales que dividen lealtades y reordenan ideologías. Y, entre ellas, los migrantes asediando un territorio y la palabra.

En la marca de la tinta sobre la impresión de la tecla

⁷⁹ Andreu Iglesias reclama el reconocimiento firma/autoría/propiedad de *Memorias* en su "Propuesta": "Habría constancia en la portada de que la obra ha sido preparada para la publicación por el suscribiente, quien se reserva los derechos de autor. El original no podría ser alterado sin su consentimiento". Col. CAI, Serie: Bernardo Vega, caja 5, "Propuesta de trabajo sometida por Andreu Iglesias al Centro de Estudios Puertorriqueños", 18 de noviembre de 1974, pp. 2-3, punto 6.

subsisten correcciones y reflexiones otras, de otros. Se exceden los márgenes con anotaciones, se eliminan o posponen argumentos. El tiempo deja sus huellas en la opacidad de algunas páginas y la pérdida de otras, irrecuperables en su totalidad como muchas de las historias aquí contadas. Fundar una genealogía otra supone nombrar hasta el exceso, relacionar eventos dispares, hacer un uso desordenado de las normas retóricas. La reiteración es otra de sus estrategias. El *Manuscrito* regresa, una y otra vez, con diferentes atuendos, a los mismos temas, personajes y circunstancias. Las entrevistas siguen el mismo guión: un caso delator de una injusticia – miseria, explotación, prejuicio, ignorancia– o su superación en relatos ejemplares. Se elige o solo se puede escribir desde la enumeración exhaustiva de hechos históricos, de gentes, objetos, creencias y hábitos que abarcan desde el gesto hasta el inmobiliario; desde la yuxtaposición de tiempos, lugares, publicaciones, instituciones; entrevistas, anécdotas propias y ajenas, digresiones valorativas y juicios rotundos, citas y referencias sin constatar más allá de la autoridad conferida al que las enuncia. Ahí radica la fuerza de su ley: efectos que aumentan, más que anulan, el recurso a borrar; a tachar, incluso. Imposible un nuevo traslado a las nuevas tecnologías de escritura que herede la distancia aurática que imponen hoy sus páginas, su materialidad expresiva. Más bien, es tiempo de oírlo leer.

Manuscrito recibido: 4 de marzo de 2013

Manuscrito aceptado: 3 de abril de 2013

